

PIO JARAMILLO ALVARADO



LA NACION
QUITENA

14849

986651

BIOGRAFIA DE
UNA CULTURA

QUITO - ECUADOR
Imp. de la Universidad
— 1947 —

CS 61-81-2-29

La Tierra y el Hombre Indígena

I.—El ambiente cósmico.—II.—Atahualpa ante el conquistador español.—III.—Las batallas de Quito por su libertad.—IV.—La cultura indígena quiteña.

I

EL AMBIENTE COSMICO ANDINO

Si tenemos a la vista, para su estudio, el mapa de la América del Sur, se puede leer bajo la Línea Equinoccial, en el punto que señala su convergencia con la costa del Océano Pacífico, el nombre que designa la posición geográfica de la República del Ecuador. Su nombre debe ser "República de Quito", por su origen y sus vicisitudes históricas seculares; pero, por un grave error político, al constituirse como Estado republicano independiente, se le sustituyó su nombre histórico de gloriosa tradición aborígen y colonial, con una designación geodésica, creando la confusión absurda con la nación africana antípoda, que origina el error de considerar al Ecuador como un país invivible por el calor excesivo y malsano del trópico.

Y lo que caracteriza el ambiente ecuatorial, es la estructuración singular de la cordillera Andina, que forma en la región central una doble barrera a lo largo de la cual se desarrollan grandes hoyadas o planicies, interceptadas por cordilleras interiores, en las que tienen su asiento algunas provincias entre los Andes, llamadas por esto, Interandinas; quedando hacia al lado del Océano Pacífico, la región del

Litoral, y hacia al lado oriental, la región Amazónica. En estas tres regiones se desarrollaron las culturas primitivas, y se estructuró la nacionalidad ecuatoriana, en una gran unidad territorial.

Afirman los geólogos que en el período cretácico sufrió el continente sudamericano un abatimiento general y el mar lo cubrió totalmente, cuando ya tenía la configuración geográfica tal como la conocemos hoy, volviendo a levantarse después como tierra firme. "Podemos evidenciar, afirma Teodoro Wolff, que ha realizado el estudio más fundamental sobre la geología y geografía del Ecuador, que el levantamiento principal de los Andes se verificó después de la formación cretácea, durante el período terciario, y esto es, geológicamente, moderno. El amazón fundamental de los Andes estaba sujeto a todas las revoluciones sucesivas del globo, desde el período arcaico hasta nuestros días, y sufrió mil alteraciones en su constitución interior química y en su arquitectura asimismo interna. El levantamiento de los Andes es uno de los fenómenos cósmicos más considerables que se conoce en todo el globo. Es de suponer que este movimiento se ha verificado en diversas épocas, aunque los principales y últimos parecen coincidir con el período terciario".

En la región Amazónica se encuentra el terreno sedimentario marino, en el que aparecen fósiles contemporáneos y a veces iguales a los de las formaciones gemelas de la costa. Se reconoce científicamente que durante el período cretácico y después, la hoya amazónica estuvo ocupada por un mar interior, llamado mar Amazónico, que existió hasta la época del levantamiento de los Andes. La geología de la región Interandina no tiene características especiales, y predominan en ella rocas ígneas o plutónicas. La mayor parte de la serranía está recubierta de terreno volcánico moderno, excepto el territorio en que hoy se extienden las provincias de Loja y El Oro.

Entre las dos cordilleras paralelas andinas, interceptadas por montañas o "nudos" que las unen, las grandes planicies no habrían sido aprovechables para la agricultura, como lo son hoy, si en el levantamiento de los Andes y por el drenaje de los ríos, no se hubiesen realizado profundas fracturas en las cordilleras que dan salida a los ríos al occidente y al oriente, hacia el mar y hacia el Amazonas.

En las hoyadas del sur, en los valles de la ciudad de Loja, de Malacatos, Vilcabamba y Piscobamba, se observa el fondo lacustre de los antiguos lagos que existieron, y que se desecaron asimismo por fenómenos geológicos de erosión y del levantamiento andino. La estratificación de estos valles está compuesta de rocas arcillosas en forma de pizarras, con impresiones de plantas dicotiledóneas y caracoles.

Sobre el lomo de las cordilleras oriental y occidental de los Andes se elevan los volcanes y aparecen los nevados, con una historia de terror los primeros y decorando hermosamente las cordilleras los segundos. Y se afirma por los geólogos que el volcanismo del Ecuador es relativamente moderno. La actividad de éstos coincidió con la época cuaternaria. De modo que los volcanes no se formaron por el levantamiento de los Andes, según la opinión de Boussingou, sino en un tiempo posterior; y la altura de éstos se realizó por un acumulamiento secular de erupciones. Y en la época histórica se ha podido registrar la cronología de grandes terremotos en los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX, que han dejado un recuerdo terrorífico por la destrucción de varias ciudades y pueblos, y la devastación de las campiñas por la lava.

En la zona occidental, en las proximidades del mar, se extiende la cordillera costanera desde el río Guayas hasta la ciudad de Esmeraldas, y sus mayores prominencias toman los nombres de Chongón, Colonche, Manglar Alto, Tiaone y Atacames. "El mar ha sido el destacado agente en la formación de la costa como receptáculo de los despojos de la fauna y de los detritus llegados en las aguas de los ríos del sistema andino". (Wolff).

Los ramales desprendidos de la cordillera oriental, con rumbo a la región amazónica se articulan en los nevados de Cayambe y Antizana. El Abitahua se desprende del nevado de Cerro Hermoso; la cordillera del Morona, se subdivide para formar la cordillera de Cutucú; y en el extremo sur, la cordillera del Cóndor, es un ramal articulado con el nudo de Sabanilla.

Los volcanes que actualmente no revelan actividad son, en la cordillera Oriental: el Cotopaxi, de 5.897 metros de altura sobre el nivel del mar; el Tungurahua, de 5.053

metros, y el Reventador, de 1.622; y en la cordillera Occidental: el Pichincha, de 4.790 metros de altura.

Sólo el Sangay es volcán perpetuamente activo y en forma ocasional el Reventador, perdido en las montañas del lado amazónico y sólo identificado contemporáneamente.

Además de los volcanes enumerados, que son también nevados, se destacan en la cordillera Oriental los cerros nevados perpetuamente: el Cayambe (4.134 metros), el Antizana, el Sincholahuá, el Cotopaxi, el Quilindaña, el Cerro Hermoso y el Altar; y en la cordillera Occidental: el Chiles, el Cotacachi, el Illiniza, el Carihuairazo y el Chimborazo, el más alto y bello, de 6.315 metros de altura.

La altura media de estos nevados fluctúa entre 4.134 metros del Cayambe y la del Chimborazo.

El sistema hidrográfico está íntimamente conexionado con el orográfico, y se desarrolla como queda dicho, el desagüe de los ríos andinos, por las grandes abras de las dos cordilleras que les dan paso al Oriente y al Occidente. Hacia el oriente desembocan el Pastaza, el Paute y el Zamora; y hacia el occidente el Guayllabamba, el Chanchán, el Chimbo, el Cañar, el Jubones, el Catamayo, el Tumbes y el Macará.

El sistema fluvial de la costa está afectado en la región seca por la corriente de Humboldt, y se forman escasamente los ríos Zarumilla, Santa Rosa, Portoviejo y Chone. Los ríos de la zona lluviosa son: Tumbes, Jubones, Naranjal, Guayas, Esmeraldas y Santiago. De éstos merece especial mención "el sistema fluvial del Guayas", que es el más extenso y hermoso y el más importante de todo el Ecuador occidental, y podemos agregar sin exageración, dice Wolf, "de toda la costa sudamericana, desde Panamá hasta Valparaíso". La longitud de su curso es de 430 kilómetros, con un inmenso caudal de aguas, susceptible de la navegación en su mayor parte. Toda su cuenca abarca un área de 39.930 kilómetros cuadrados. Le sigue en importancia el Santiago en la provincia de Esmeraldas, con una red fluvial de primer orden, el curso de su longitud es de 385 kilómetros y su cuenca de 24.614 kilómetros cuadrados. Para formarse una idea de su extensión bastaría considerar que sus cabeceras se hallan en los nevados andinos Cayambe, Sincholahuá, Cotopaxi, Illiniza, Atacazo y Pichincha.

Y en el mar ecuatorial, a 1.000 kilómetros de la costa, está situado el archipiélago de Galápagos, de constitución volcánica exclusiva, y por esta circunstancia de haber emergido del mar, ha llamado la atención del mundo científico, y por la exploración de Darwin en 1835, pues la flora y la fauna del archipiélago aparecen como en generación espontánea. Esta expedición dió origen a la teoría darwiniana sobre "El Origen de las Especies".

Y como un ancho camino del mar, se dilata en las proximidades de las costas del Ecuador, la ya mencionada corriente antártica glacial, llamada la "Corriente de Humboldt", denominada así por haberla identificado este sabio. Esta corriente aparece golpeando las costas de Chile y Perú, que las seca, impidiendo el crecimiento de los vegetales, dejando desérticas las inmensas extensiones del litoral, hasta que se presenta la montaña en las proximidades de Tumbes y en toda su exuberancia en las provincias del Guayas y Esmeraldas, no afectadas por este fenómeno marino, que determina el clima de las costas del Pacífico sudamericano, y su influencia es decisiva en las lluvias, y por lo mismo, en la agricultura, es decir, en la vida económica en general.

La "Corriente de Humboldt" al llegar al Ecuador se bifurca, dirigiendo un brazo hacia la punta y costa de Santa Elena, en la provincia del Guayas, y avanza hasta Cabo Blanco, en Manabí, desde donde se dirige toda la corriente a Galápagos, secando también este archipiélago. Complementando las observaciones de Humboldt, realizó estudios relacionados con esta "corriente", Wolf, quien afirma: "extendió la corriente antártica con su temperatura baja, hasta el golfo de Panamá y pronto se convertirá la costa del Ecuador y la de Colombia en un desierto parecido al peruano; y al revés: dad a las costas peruanas el mar trópico con su temperatura normal, y pronto cambiará el aspecto de su litoral y cordillera Occidental, cubriéndose con una vegetación vigorosa, en consecuencia de las lluvias solsticiales regulares". No corresponde a esta síntesis la explicación científica de tal fenómeno, pero sí es necesario advertir su presencia, que está influyendo en la vida económica agraria del país.

Mas, es preciso insistir también en un examen rápido, de conjunto, acerca del estuario del río Guayas y del río Es-

meraldas, los grandes emporios de riqueza agrícola, pecuaria y minera, sin explotarse sino en pequeña parte y que es la gran reserva de la auténtica vitalidad económica del Ecuador.

El golfo de Guayaquil, el mayor de todos, entre los golfos del Océano Pacífico sudamericano, se extiende desde el río Zarumilla hasta la Punta de Santa Elena, en un ámbito marino inmenso, como para dar cabida a la escuadra más gigantesca de América. El sistema hidrográfico del río Guayas, que desemboca en la bahía de su nombre, es de gran longitud en su curso y de un inmenso caudal en sus aguas, en fáciles condiciones de navegación. Los ríos Daule y Babahoyo son sus principales afluentes. El Daule no recibe aguas de la sierra y se calcula que tiene 43 leguas de largo. En las corrientes del invierno sus aguas salen de madre e inundan las tierras bajas fertilizándolas con los depósitos del limo, el abono espontáneo que garantiza las ubérrimas cosechas. El Babahoyo recoge sus aguas de las vertientes de la cordillera Occidental, con la afluencia de los ríos Vinces y Zapotal y de las cuencas del Chimbo y del Chanchán. El río Babahoyo es navegable en embarcaciones pequeñas, desde la ciudad de este nombre.

El río Guayas sigue su curso después de recibir sus afluentes hacia el mar y pasa majestuoso frente a la ciudad de Guayaquil, a la que sirve de canal de navegación para la entrada de los buques mercantes del mundo y llega al océano rodeando a la isla de Puná, defensa natural del dominio estratégico del río, por los canales de Jambelí y el Morro. "El sistema fluvial del Guayas" constituye la más hermosa y rica heredad del Ecuador. "Y la provincia de Esmeraldas es totalmente fértil y el color verde de sus montañas semeja una hermosa esmeralda, pero no labrada, no tallada por la ingeniosa mano del hombre, sino tal como la formó la naturaleza misma; es una piedra preciosa en su estado natural", dice Wolf al describir la espontánea fertilidad y la riqueza inagotable de la provincia de Esmeraldas.

En este ambiente cósmico ecuatoriano de tan complejo contenido, no debe pasar desapercibido al investigador sagaz un agente, al parecer débil, en la formación de la extensión continental de las costas, que un día estuvieron al pie de los contrafuertes de la cordillera Andina, a los que llegaban los oleajes del mar, en el que iba penetrando el

continente, en un lento avanzar, con esa inmutabilidad y calma aparentes de la naturaleza, para la que, la noción humana del tiempo, no existe.

En las costas del mar, y en los esteros de éste y de los ríos y en los archipiélagos formados en las ensenadas próximas a la costa, y en los deltas que se forman rebasando las aguas; en el sistema hidrográfico del Guayas, del Esmeraldas y el Santiago, aparece un agente constructor de las grandes sabanas del litoral, que actuó desde la época milenaria y que sigue actuando a nuestra vista, en la transformación fisonómica de las costas del mar: el mangle, y en su formación en línea de combate: los manglares.

Los manglares constituyen la trinchera de avance incontestable en la formación de los embancamientos, que se superponen a orillas del mar, poco a poco, entre las raíces y el bosque estrecho del manglar, que resiste todas las embestidas del mar, humildemente, pero reteniendo siempre el limo y todos los desechos y detritus que arrastran los oleajes.

En la margen exterior del manglar se observa siempre la nueva generación de arbustos, y es lo singular que, de los árboles se desprenden unas largas y desnudas ramas, como una especie de mano esqueletizada, extendida para agarrarse del suelo; pero impedida por las olas, parece que jamás cumplirá su anhelo; sin embargo, más constante que las olas, la vara de mangle arraiga, y la barricada se estrecha, y el continente entra al mar insensiblemente.

Tras del manglar, en el terreno ganado, aparece el salitral, inadecuado para la vegetación, en el que el mangle perece y sus restos acreditan las distancias ganadas por el manglar con el sacrificio de la propia vida. En la lucha epopéyica del manglar con el océano, la inteligencia cósmica aparece en su evidencia, y naturalistas de la sensibilidad de Wolf, han dedicado al manglar páginas emotivas, que los poetas cósmicos han de cantar un día.

En este ambiente distingue Wolf regiones fisonómicas para formar la Carta de Vegetación del Ecuador. 1ª—La región árida de la costa, en la que la mayor parte de los árboles pierden sus hojas durante la estación del verano; 2ª—La región húmeda de las montañas bajas del litoral, en la que la mayor parte de los árboles conservan sus hojas durante todo el año, aunque exista una estación seca, pero no

tan larga ni tan escasa de agua, como la primera; 3ª—La región de los bosques siempre húmedos y siempre verdes en las faldas exteriores de las cordilleras altas, desde sus pies hasta el límite de su vegetación arbórea. Esta zona se compone, en las partes inferiores, de una flora tropical, y en las superiores, de una subtropical, pasando poco a poco a la andina; 4ª—La región agrícola que ocupa las hoyas interandinas y cuya flora primitiva subandina y tropical, se halla muy alterada y en parte destruída por la acción del hombre; 5ª—La región andina o de los páramos, que se extiende desde la línea de la vegetación arbórea hasta la nieve perpetua, y cuya flora consta de preferencia de formas andinas. Encima de la región de los páramos sigue otra todavía, muy circunscrita y limitada a los nevados de las cordilleras, que ya no contamos entre las zonas de vegetación, porque carece de ella; es la región de la nieve eterna. Inútil advertir que ninguna de las zonas pasa repentinamente a la siguiente, sino que el cambio de la flora se verifica poco a poco, con el cambio de clima de las regiones del cual depende aquel en primera instancia.

1ª—La Región Seca se extiende desde Túmbez hasta Bahía de Caráquez, y es interrumpida solamente por la faja húmeda entre Machala y Naranjal, y por la otra del norte entre Azangue y Salango, cuya dependencia de las montañas se comprueba. En la hoya del río Guayas se extiende tierra adentro, solamente hasta las sabanas y las lomas. Es ésta la zona típica de los manglares. Es también la zona de la palma de coco, de los algarrobos y de los cactus. Y también de las maderas finas como el guayacán, el pechiche, el ébano, el roble y el laurel. También se encuentra en esta zona el barbasco, el tamarindo y las lianas y enredaderas.

2ª—En la Región Húmeda se nota un cambio de vegetación. El bosque es siempre verde y tupido, es la zona propiamente tropical. Es la patria del cacao, de la palma real, del bijao, de la tagua, la vainilla, el matapalo, el guarumo, la guadúa y el palo de balsa. La forma y variación de la flora del bosque es tan complicada, que su especificación es una empresa inaudita para la botánica. Y entre las plantas cultivadas tenemos la caña de azúcar, el arroz, el taba-

co, los platanales, el café, el caucho y el algodón, además de la infinidad de producción de plantas anuales como la piña, la sandía, la yuca, el maíz, etc.

3ª—Y entramos en la Región de los Bosques de los Andes. La zona tropical, que podemos llamar de las palmas, llega a la altura de 1.600 metros aproximadamente. En esta región aparece una flora muy mixta, por efecto de la humedad permanente que fluye desde los Andes y desde la Costa. Es la zona de las orquídeas, especialmente de la cascarilla y de la quina. Observada esta misma región húmeda del lado oriental-amazónico encontraremos una flora parecida a la del lado occidental, y como planta típica la canela, que atrajo a los conquistadores españoles con la misma avidez que el oro.

4ª—La Región Interandina o entre los Andes, es la región de los cereales y se extiende entre las hoyadas de las dos cordilleras, desde el fondo o planicie de aquellas hasta la altura de 2.000 a 3.400 metros sobre los Andes, en cuyo límite se cultiva aún la cebada. Dentro de las hoyadas baja también el clima en los 1.800 metros, y aparece la zona subtropical de los valles interiores del Catamayo, Jubones, Chimbo, Pastaza, Guayllabamba y Mira. El clima de la región andina es más templado, y llega gradualmente hasta el frío. Hay escasez de bosques, la vegetación arbórea es exigua o agotada. La población humana se concentró desde tiempo inmemorial en la zona andina, y se alteró la fisonomía agraria del país, con la secular tala de los bosques y la erosión consiguiente. En la flora interandina prevalecen los arbustos, los árboles frutales y los pastos. Es la tierra del capulí, del sauce, del guayabo, del arrayán, de la chirimoya y el aguacate. El terreno no es fértil en general por causa del volcanismo, por falta de abono y por la forma vertical de las tierras que precipita la erosión de éstas, en forma casi invencible.

5ª—La Región de los Páramos es de una inmensa extensión, pues ocupa los lomos de las dos cordilleras, los nudos interandinos y las montañas aisladas que exceden de 3.400 metros de altura. La vegetación la forman los pa-

jonales y algunas clases de gramíneas de escasa importancia. El páramo es desértico.

6ª—En la Región Amazónica, es su posición geográfica la que la ubica entre la cordillera andina oriental y el Marañón y Amazonas a los que afluye la red de los ríos ecuatorianos Putumayo, Napo, Pastaza, Morona, Santiago y Chinchipe y lo que ha determinado su menor explotación agrícola, sin embargo de su exuberancia y la analogía de sus regiones con las anteriormente descritas del lado occidental andino. La construcción de caminos, el establecimiento de colonias militares y la presencia del petróleo que está actualmente en exploración por compañías extranjeras, y cuya riqueza es evidente, cambiará su situación, pero su mercado se inclina en forma natural, por el camino de los ríos, hacia el Amazonas. La riqueza de la montaña es extractiva, de las gomas y de la madera fina, así como del oro de los lavaderos de sus ríos. Lo que tiene mayor importancia actual en esta región es, más que su suelo, aún en el período de estratificación milenaria para ser propiamente agrícola, exceptuados los barrancos y las lomas, son los ríos, canales de navegación, únicos caminos en el dédalo de la montaña, que fué el fondo de un mar mediterráneo, cuya expresión evidente es el Amazonas.

Examinado el ambiente ecuatorial en su conjunto y en las posibilidades agrícolas, resta explicar que en esta vasta extensión de tierras habitó el hombre andino, el indio, como impropriamente lo llamaron los conquistadores españoles por el supuesto de haber descubierto las Indias, por un camino occidental.

Los grupos primitivos buscaron, como es natural, el clima más benigno y la naturaleza más pródiga en sus frutos, y en la región interandina se fijaron a la tierra los núcleos principales, y también habitaron los lugares propicios de las orillas y de las islas del mar.

Y lo que es singular, la estructuración orográfica y el sistema fluvial del ambiente ecuatorial, no sólo circunscribió la vida de las agrupaciones humanas en su desarrollo independiente entre sí, sino también las fronteras internacionales, de lo que llegó a constituir el Reino de Quito de Atahualpa.

Pues, es de observar, que desde la frontera con el Perú, hasta las cercanías de la ciudad de Loja, encontramos una sola cordillera andina, que viniendo del departamento peruano de Cajamarca, penetra en territorio ecuatoriano como la continuación de la cordillera occidental del Perú. Ella separa los sistemas fluviales occidentales del río Piura y del río Chira, de los orientales, los ríos Huancabamba, Chinchipe y Zamora. Y en el nudo de Cajanuma, a pocas leguas al sur de Loja, la cordillera ecuatorial se bifurca y distinguimos las cordilleras oriental y occidental, con la angosta planicie en que está situada la ciudad de Loja y su campiña, en el medio. La orografía señala asimismo en la parte sur, el límite natural con el Perú, en el río Huancabamba, con el ramal del nudo de Sabanilla que se extiende hasta Ayabaca, y en el ángulo septentrional formado por la cordillera Real, nace el río Macará y la quebrada de Espíndola, que es la antigua frontera reconocida entre el Perú y el Ecuador, como lo fué de los antiguos cacicazgos aborígenes, frontera del sur que tiene en los desiertos de Piura la separación significativa de las naciones indias primitivas.

Y es igualmente interesante, que en la frontera norte con Colombia, en el nudo de Huaca, las cordilleras andinas ecuatorianas, se transforman, de las tres que se internan del norte y que forman las regiones agrícolas colombianas, en las dos únicas cordilleras del Ecuador, pues la tercera cordillera que se ha creído comprobar últimamente, es tan hipotética, que ha sido preciso forzar el ingenio y la geografía para imaginarla.

En este espacio geográfico se estructuraron los reinos y señoríos, o cacicazgos aborígenes, y en sus relieves andinos se demarcaron, desde la época colonial, las provincias actuales del Ecuador, conformándose la demarcación política con la realidad física.

Sepamos ahora qué grado de cultura alcanzaron esos cacicazgos, y cómo se estructuró política e históricamente el Reino de Quito aborígen.

ATAHUALPA ANTE EL CONQUISTADOR ESPAÑOL

Para investigar con claridad y precisión la cultura indígena quiteña, es preciso concretarla, en forma sintética a las tres grandes culturas que actuaron, como conquistadoras, en el espacio geográfico descrito: los Caras o Carios, los Incas y los Españoles.

Y a fin de partir de lo conocido a lo menos conocido o indocumentado; de lo histórico a lo prehistórico y a la leyenda, empezaremos desde el encuentro en Cajamarca de las dos culturas, la indígena americana y la española, con la presencia del rey de Quito, que los cronistas de la colonia describen, dibujan su figura física y relatan la guerra de quiteños y cuzqueños por cuestión de fronteras patrias.

Los motivos de la guerra entre los hijos de Huainacápac, el gran conquistador incaico, están relatados con gran uniformidad por los cronistas que atestiguaron personalmente los hechos, en sus líneas esenciales. Triunfante Huainacápac en la conquista de Quito, iniciada por su padre Tupac—Yupanqui, algunos años antes,—pues le sorprendió la muerte sin concluirla, en largas y duras peleas,—para apaciguar los ánimos, y porque encontró en Quito una cultura análoga a la del Cuzco, y, bella, a la heredera del Reino de Quito, la hermosa Paccha, Huainacápac la hizo su esposa y tuvo un heredero, su hijo Atahualpa; y se quedó a reinar desde Quito, en donde actuó el resto de su vida; y al morir restituyó el Reino de Quito a Atahualpa, dejando el

Cuzco con sus antiguas fronteras, a Huáscar. Y añade la Historia, que al ordenar el Inca el traslado de su cadáver, donó a Quito su corazón, que fue conservado con los honores reales. Y estos hechos y la guerra autenticada, revelan en forma inequívoca, que Quito fue ya por voluntad de Huainacápac, la capital efectiva del Incario. Y que Atahualpa tomó el gobierno del reino de sus abuelos maternos, y que el triunfo en la guerra sobre su hermano Huáscar, puso en las manos del Rey de Quito la alternativa del gobierno de todo el Incario. La relación de estos sucesos es de carácter histórico. También se ha llamado Proto-historia a la época comprendida entre la conquista incaica de Huainacápac del Reino de Quito y la de Pizarro y los suyos, de los reinos de Quito y Cuzco. La prehistoria se refiere a la conquista de Quito por los Caras y los cacicazgos vecinos, y a las inmigraciones anteriores a esta misma conquista.

Históricamente es constante que el ejército quiteño marchó al mando de sus generales Quisquis y Calicuchima, una vez declarada la guerra, a combatir al ejército invasor de Huáscar, y de victoria en victoria, hasta la batalla de Quipaipán (1.532), cerca del Cuzco, que fue la definitiva, por lo que los vencedores ocuparon esta capital, hicieron prisionero a Huáscar y sus generales, que encerraron en la fortaleza de Jauja. Y cuando se hacían los preparativos para la entrada triunfal de Atahualpa en la capital del Incario, pues se hallaba en Cajamarca restañando las heridas que sufrió en la campaña de Puná y el litoral, se realizó el trágico encuentro histórico, y por un designio inexplicable, cayó el imperio en las manos de un puñado de soldados españoles audaces. Este episodio es demasiado conocido para que sea necesario repetirlo.

Pero sí es preciso dejar constancia de la resistencia que opuso el ejército quiteño, el que Rumiñahui alejó de Cajamarca cuando se realizó la prisión de Atahualpa, que, se afirma, la había previsto; y es preciso recordar que esa resistencia fué tan tenaz y heroica, que puso casi en derrota, en cierto momento a Benalcázar, cuando se dirigía a la conquista de Quito, pues el Cuzco cayó sin resistencia en poder de los conquistadores españoles.

La fama del Reino de Quito se extendió por las colonias recién establecidas en América, y en particular, en las de Guatemala, Costa Rica y Panamá, de donde empezaron

a llegar algunas naves que anclaban en Bahía de Caráquez o en Paita. Y la más significada de estas empresas fue la de don Pedro de Alvarado, Gobernador de Guatemala, hombre afamado ya en la conquista de México y en el sojuzgamiento de las naciones de Centro América.

La noticia de la llegada de Alvarado a la costa de Manabí, y su expedición por las montañas sin caminos, hacia la cordillera de los Andes, alarmó a Sebastián de Benalcázar, a la sazón en Paita, en donde residía ocasionalmente, pero con la orden de Francisco Pizarro de realizar la conquista de Quito, cuando pudiera armar la expedición; y dando de mano a todo asunto, marchó con dirección a Tomebamba, de donde había recibido mensajeros cañaris con el ofrecimiento de su auxilio para la conquista de Quito. El rigor del castigo de Atahualpa, cuando Tomebamba se puso del lado de Huáscar, encontró el momento de la represalia de los cañaris, con su apoyo al conquistador español.

Por su parte, Francisco Pizarro, después de consumada la ejecución de Atahualpa, y de recoger los últimos restos del oro que había quedado en los templos y palacios del Cuzco, se dirigió a Jauja con Diego de Almagro, su socio en esta empresa, y éste siguió a Piura en donde supo la marcha de Benalcázar con rumbo a Quito, y sintiéndose defraudado, siguió también el mismo derrotero. Estaban, pues, en el camino de Quito, por opuestas direcciones, los tres grandes conquistadores: Alvarado, Almagro y Benalcázar.

III

LAS BATALLAS DE QUITO POR SU LIBERTAD *Se*

El destino histórico de la nación quiteña, hoy llamada ecuatoriana, ha sido el de la constante lucha por su libertad.

Ya en la época anterior a la conquista española, tuvo que rechazar la invasión del ejército de Huáscar.

Y en seguida hizo Rumiñahui la desesperada defensa de la conquista de Quito emprendida por los españoles. Rumiñahui, como jefe de esta empresa heroica, la llevó hasta la desesperación y la locura.

Benalcázar con escasas fuerzas de ataque y resistencia, apenas 270 hombres, de los cuales 70 eran de a caballo, diez o doce ballesteros y el resto peones embrizados de sus escudos a la antigua usanza, y con esta débil fuerza se lanzó a la aventura.

Rumiñahui a su llegada a Quito, destituyó a Cosopanga de la gobernación, y a Illescas, hermano del rey, quitó el cuidado de los hijos de éste, asumiendo esta responsabilidad.

Hizo los honores al cadáver de Atahualpa, con funerales extraordinarios, cuando fue conducido a Quito, según la voluntad del monarca infortunado.

Y luego realizó Rumiñahui un pensamiento horroroso que había estado encubriendo taimadamente, asesinar a la familia de Atahualpa, y ejecutado este acto inicuo, procla-

marse rey de Quito. Y este hecho obró fatalmente en forma contraria a la defensa de este Reino, pues si bien organizó Rumiñahui un ejército por el terror, el apoyo indígena al invasor se extendió del Cañar a Puruhá por odio y temor.

En la fortaleza y llanura de Tiocajas, sitio fatal en los destinos históricos del Reino de Quito, pues fué el teatro de otros fatales descalabros, se verificaron en esta ocasión tres formidables encuentros en los que el grupo español estuvo ya casi aniquilado, pues los indios realizaron un cercamiento tan estrecho, que amenazaban su exterminio, y del conflicto vino a salvarlos una erupción del volcán Cotopaxi, que en la conciencia supersticiosa indígena significó el cumplimiento de un augurio referido a la extinción del Reino, cuando un volcán que por desconocido tiempo no había hecho erupción, la hiciera, y ése era el Cotopaxi.

Al aclarar el día, en cuya interminable noche el grupo español había hecho ya las preces finales para la salvación del alma, ante el asombro de todos, el ejército indio, de más de tres mil hombres, aterrorizado por la erupción formidable, había abandonado el campo en desorden definitivo.

Benalcázar ocupó rápidamente Quito, que encontró incendiado y demolido. Los tesoros fantásticos del Rey de Quito, los ocultó Rumiñahui, y con esta desilusión retrocedió a Riobamba, en donde a poco llegó Almagro, y casi simultáneamente apareció Alvarado, en Ambato, realizando la hazaña más atrevida, casi inverosímil, si no hubiera sido un conquistador español el que la realizó, pues atravesó Alvarado las montañas insalubres y enmarañadas del trópico, escaló la cordillera occidental andina y se abrió paso en la nieve de las faldas del Chimborazo, con su ejército y, lo que es inaudito, con sus caballos de guerra.

La noticia de la inexistencia de los tesoros de Quito, apaciguó los ánimos, que en el primer momento se exaltaron, pues Alvarado se presentó en Riobamba en formación para la batalla, pero luego de explicada la situación real a las dos partes, por un famoso jurista, Caldera, ésta concluyó con un convenio por el cual Alvarado recibía cien mil pesos, renunciando a su empresa, y entregaba sus barcos y sus armas, dejando en libertad a su gente para quedarse con Almagro o regresar a Guatemala. Perfeccionado el convenio, Almagro y Alvarado determinaron regresar juntos a Túmbez.

Y en estos mismos días regresaba Quisquis, el vencedor de Quipaipán y de la posesión del Cuzco, con los restos de su ejército, cuando se efectuó casualmente un encuentro, en el cruce de los caminos, con Almagro y Alvarado, realizándose dos combates sin mayor empeño en la lucha; pero al saber Benalcázar el regreso de Quisquis, pues tenía a su cargo la gobernación de Quito, le salió al encuentro en las orillas del lago de Colta y lo derrotó.

Y esta derrota tuvo como consecuencia un episodio trágico. El heredero del Reino de Atahualpa, Huaina Palcón, que había acompañado a Quisquis en todas las campañas en la defensa de Quito, le manifestó que ya era inútil insistir en la lucha con los españoles, pues eran invencibles, protegidos como estaban por sus dioses, a lo que le replicó Quisquis con violencia imputándole cobardía y traición. Y Huaina Palcón, ciego de ira, rechazó la injuria atravesando con su lanza el pecho de Quisquis, que falleció. Repuesto de su cólera y ante el cadáver de Quisquis, que sólo quiso triunfar, precisamente para coronar a Huaina Palcón, Rey de Quito, refiérese que éste se afligió tanto que murió poco tiempo después.

Y aquí concluye, propiamente, la defensa del Reino de Quito de la invasión española, porque la posterior resistencia heroica de Rumiñahui en el Peñón de Pillaro y en la fortaleza de Sicchos, más significaba ya la defensa de una ambición personal y la evasión del castigo, que fué también cruel, cuando cayó, inerme, en poder del vencedor.

De esta defensa de Quito quedan grabados en la Historia los nombres de Quisquis, Zopazopangui, Quinzaluma, Razo-Razo, Nina y Rumiñahui. Y antes que todos, como el más grande defensor de la nacionalidad quiteña, Calicuchima, solidario en la paz y en la guerra y en el infortunio con Atahualpa, pues reducido a prisión por los conquistadores, fué quemado vivo, no sin antes haber pedido despedirse de su Rey, rindiéndole su final pleitesía.

IV

LA CULTURA INDIGENA QUITENA

De las invasiones y guerras de conquista relatadas anteriormente, la de los Carios o Caras es la que, en la prehistoria, ha sido objeto de investigaciones científicas más extensas, sin llegar hasta hoy a conclusiones definitivas, porque la complejidad misma de los elementos constitutivos de la materia, son de suyo limitados a resultados casi siempre relativos, pues el documento escrito no existe, o es indescifrable el jeroglífico.

La investigación de la prehistoria ecuatoriana, desde que fué planteada sobre bases científicas por González Suárez, arqueólogo, historiador, sabio en ciencias divinas y humanas, ha tomado en los últimos años un magnífico impulso, singularmente por la obra de uno de sus más eruditos cultivadores, el Sr. Jacinto Jijón y Caamaño, y los estudios de Max Uhle, investigador alemán, que residió en el Ecuador durante algunos años dedicado a este género de disciplina científica. Los estudios y las obras publicadas prestan ya un cúmulo de conocimientos y también de conjeturas, siempre en el proceso de ensayo y rectificaciones, peculiar de esta materia.

Los primeros ensayos tuvieron la natural osadía revolucionaria que suele caracterizarse por la protesta contra el pasado y sus valores, pero luego, la experiencia propia y el consejo saludable de investigadores y expertos, corrigió

el desacato académico del momento inicial contra la obra del Padre Juan de Velasco, la "Historia del Reino de Quito", fundamental en lo que a la prehistoria se refiere, pues constituye la única fuente de informaciones, depuradas por el propio autor, en lo que podía ser fábula o leyenda folklórica, de sustancia histórica. El ataque al Padre Velasco careció de argumentación científica antropológica valedera, o de simple dialéctica en la argumentación de carácter prehistórico; y fué refutada fácilmente con los datos suministrados por los cronistas coloniales que no leyó el Padre Velasco, y cuya publicación fué posterior a su época; y que, refuerzan en tal forma la Historia del Reino de Quito, que de no existir esta obra, habrían servido como única base de la prehistoria ecuatoriana.

Divide el Padre Velasco en cuatro épocas la antigüedad del Reyno de Quito. La primera desde la más remota antigüedad hasta la conquista de los Caras, cerca del año mil de la Era Cristiana. La segunda, cuya duración se calcula en quinientos años, hasta la conquista de los Incas, concluída por Huainacápac; la tercera está constituída por la dominación incásica, que sólo duró algo así como medio siglo, hasta la conquista española, tiempo histórico en el que se inicia el cuarto período que incluye la Guerra de Quito, como la llama Cieza de León, a la guerra civil entre los conquistadores españoles por el predominio feudal, que se trasplantaba a América con todos los reatos acusados históricamente.

La primera época es la más corta en su relación, con ser tan extensa en el tiempo, porque se ignora su contenido en casi todo lo que a esta etapa se refiere. El territorio de lo que llegó a constituir el Reino de Quito de Atahualpa, "fué poblado desde su más remota antigüedad, por la nación llamada "Quitú". "Se ignora, afirma Velasco, quiénes y cuántos fueron los Régulos que por tantos siglos dominaron el país, a excepción del último llamado **Quitú**". Y este reino prehistórico del **Quitú**, se hallaba establecido en el altiplano, rodeado de otros cacicazgos o circunscripciones territoriales demarcadas por las hoyadas andinas, pero que luego las incorporaron los Caras, a Quitú, por alianzas o por la guerra.

La segunda época se refiere a la dinastía de los llamados Schyris, Jefes o Señores, cuyo reinado estableció Carán,

primero en la costa ecuatorial, en la bahía de los caranquis o Bahía de Caranqui, pero luego inmigró hacia la serranía en busca de un clima más benigno y tras del sojuzgamiento de los Quitus y de su jefe Quito, se estableció esta inmigración definitivamente, y llegó a constituir la nación que históricamente se ha reconocido como el Reino de Quito, cuyo último cacique o rey fué Atahualpa. En esta época, observa, lealmente, Velasco, "se entretienen los hechos con fábulas o hechos dudosos".

En la tercera época, de la dominación incaica, hay suficiente materia para que pueda merecer el nombre de protohistoria, anterior a la historia, pero ya con el carácter y el valor de ésta; y, la cuarta y última época estudiada por Velasco, es la de la guerra civil entre los españoles conquistadores de América, la que, con ser de dieciocho años, ha dado abundante materia a sus historiadores.

En la Historia del Reino de Quito de Velasco, se afirma que al llegar la sucesión dinástica a Carán Schyri, el señor de los caranquis, se extinguió la línea masculina quitu, quedando el reino sin sucesor, lo que motivó la alianza quitu-puruhá, pues Condorazo, hijo de Duchicela, jefe del cacicazgo de Puruhá, se casó con Toa, la hija de Carán, que no podía gobernar como heredera, por sí misma, según lo prohibía la costumbre. De esta rama de los Duchicelas se ha comprobado en forma fehaciente que existen hoy descendientes legítimos.

Los cacicazgos o provincias que además de Puruhá integraron el Reino de Quito, fueron los de Imbaya o Imbabura que comprendía toda la región del norte, hasta la tierra de los quillasingas; Panzaleo o Latacunga, región central, y Cañar y Paltas al Sur, hasta el desierto de Piura. Y en la costa las provincias de los tumbes, los huancavilcas, punaes, mantas y atacames, que comprendían todo el litoral quiteño.

La Historia de Velasco afirma esta cuestión fundamental: el Reino de Quito y el del Cuzco tienen un origen común, por inmigraciones de igual procedencia por las costas del Pacífico y por el interior del continente. Huainacápac pudo comprobar y reconocer esa igualdad étnica y cultural, lo que le decidió a hacer de la reina de Quito su mujer y vivir en dicha ciudad, que convirtió en capital de su imperio. Y al morir devolvió a su primogénito Atahualpa el Reino

de sus abuelos maternos que él conquistó. Este hecho es de carácter histórico.

El carácter sintético de este estudio no permite recapitular circunstancialmente, la vida política, religiosa, económica, social, militar y la legislación agraria del Reino de Quito, que demuestran la analogía de las culturas schyri-incaicas, la que no pudo haber plasmado tan profundamente en el corto período del reinado de Huainacápac; y estos hechos de la época prehistórica e histórica, tienen también la leyenda común de Quitumbe, que los nuevos relatos, como el del Padre Oliva, que no conoció Velasco, afirman la certidumbre de que ese mito contiene la respuesta, que la arqueología empieza a insinuar, es decir: que las inmigraciones que constituyeron las culturas de los incas, los schyris y los chibchas convergieron en Quito, y al difundirse, tuvo en el Cuzco el brote cultural de mayor altura.

La afirmación del Padre Velasco respecto al origen común de las culturas del grupo andino quichua-aimará, así como otras afirmaciones relacionadas con la prehistoria, han sido controvertidas en la Academia de Historia de Quito y también fuera de esta institución, como queda dicho, y como la ciencia académica pretendiera haber desautorizado el prestigio de la Historia del P. Velasco, los académicos franceses Verneau y Rivet, que estudiaron la etnografía ecuatoriana, cuando formaron parte de la Misión Geodésica, que estuvo en Quito en 1901, realizando su trascendental investigación científica, intervinieron con su autorizada opinión en el debate sobre la obra del Padre Velasco, y dijeron: "González Suárez, que había admitido primitivamente los hechos, tal como los refiere el Padre Velasco, los considera en sus últimos trabajos como leyendas sin valor para él. Quitus y Schyris o Caras, afirman los franceses referidos, son un solo y único pueblo y los constructores de todas las era una tribu desconocida anteriormente a ellos. Ciertamente, no nos hacemos ilusiones acerca de la autenticidad absoluta de las tradiciones recogidas por el Padre Velasco; pero creemos que es menester someterlas a una crítica serena y esforzarse por comprobarla". Y concluyen sabiamente así: "mientras esperamos que se publiquen nuevos documentos, aceptamos los hechos tales como los refiere el Padre Velasco".

La afirmación de Velasco sobre la identidad de las culturas quiteña y cuzqueña, de idioma igual, tiene un paladín en el sabio Tachudi, que se consagró al estudio de la filología americana y ha dicho en su "Organización de la Cultura Quichua": "Se puede aceptar como cierto, que el idioma quichua se hablaba centenares de años antes de la dinastía de los Incas, **en todos los puntos donde se habla hoy.** Pero ¿cuál fué el punto de partida, qué nación, qué tribu, quién habló por primera vez el quichua? Es una pregunta o cuestión que no ha sido resuelta. Generalmente se cree que los distritos de Cuzco y Puno han sido la cuna del quichua, pues hasta nuestros días es donde se habla más correctamente. Mis investigaciones me han llevado a otro resultado, y **juздо que las formas más antiguas que se han conservado, a pesar de las influencias colonizadoras del dialecto del Cuzco, bajo el inca Atahualpa, están en el distrito de Quito,** porque lo estimo este último dialecto más antiguo que el del Cuzco, lo mismo que el dialecto Chinchazsuyo. Según mi opinión, el pueblo que hablaba quichua vino del Norte al Sur, extendiéndose por las planicies situadas entre los Andes y el Marañón superior, avanzando luego hacia Huaraz y siguiendo luego hacia el sur. Siguiendo la planicie interandina, llegó finalmente a la ribera norte del lago Titicaca. Aquí encontró el avance un momentáneo fin, pues los alrededores estaban habitados por valientes tribus que le impedían valerosamente seguir más adelante. Con el final de esta peregrinación nace el mito incaico, lo mismo que la dinastía de los Incas, que se extendió por conquistas hacia el sur y nuevamente hacia el norte. El avance del pueblo debe de haberse hecho muy lentamente por expansión pacífica, y no por guerras hechas por generales famosos, como sucedió más tarde, cuando las dinastías septentrionales efectuaban las conquistas hacia el norte. Supongo que demorarían centenares de años".

Esta opinión de Tschude revela su profunda penetración en la verdad de la época prehistórica, que por distintas fuentes de investigación está confirmando con exceso, que la tradición recogida por el Padre Velasco acerca de la cultura quichua, es de profundo arraigo en la verdad de su contenido vernáculo.

Pues refiriéndose, asimismo al idioma quichua, dice el Inca Garcilazo de la Vega en sus "Crónicas Reales", acon-

sejando que, para enseñar la fé católica a los indios, se rijan por el idioma del Cuzco, porque los dialectos no se diferencian mucho de las demás lenguas del Imperio. Y el Padre Gualberto Lobato, indio, descendiente auténtico de la familia Real Duchicela, pues el Dr. Juan Félix Proaño, Deán de la Catedral de Riobamba, publicó documentos coloniales que lo acreditan como tal, el Padre jesuíta Lobato escribió un diccionario quichua, y dice en el prólogo de este libro, que a él le sucedió: "no poder entenderse en chinchaisuyo, que es dialecto hermano del Azuay, Cañar, Kacha, Ambato, Latacunga y Quito", pero que dedicándose a estudiar, comparando los puntos en que se diferencian, fué fácil entenderlo todo, hasta poder predicar.

Estas afirmaciones están confirmadas por investigadores peruanos, de la categoría de don José de la Riva Agüero, quien en su libro "La Historia en el Perú", afirma: "Pero aquí entendemos por raza quichua, con criterio filológico, el conjunto de naciones que hablan el idioma quichua, el cual, desde los más remotos tiempos estaba extendido por la sierra, a partir de la región del Cuzco hasta Quito. En aquel espacio, las lenguas eran dialectos del quichua, y conforme dicen las informaciones de Vaca de Castro, allegadas a la quichua como la portuguesa y la gallega a la castellana".

¿Por qué la insistencia en la afirmación y comprobación de la identidad de las culturas schyri-incaica? Porque esta es la base fundamental de la importancia y veracidad de la prehistoria, investigación formidable del Padre Velasco, que los nuevos descubrimientos antropológicos americanistas la van confirmando plenamente.

Al tratar estas cuestiones de la prehistoria olvidan los eruditos que los grupos indígenas habitan hoy en la región andina en Bolivia, Perú y Ecuador, sin haber alterado las costumbres de sus antecesores; y que este material humano está suministrando el necesario para la reconstrucción prehistórica de América, con mayor facilidad y eficiencia que los restos arqueológicos de difícil identificación; pero de fácil mixtificación, porque esos restos no son monumentales ni de cultura milenaria, como la egipcia, por ejemplo, en el estudio de la cual, la tumba de un faraón suministra materiales precisos de su cultura, diversamente de una tola, perteneciente o no a la cultura schyri, así como la cachanería

dispersa por el comercio internacional indígena, de distintas procedencias. La investigación de Tschude, que parte de la filología indígena contemporánea, para remontarse sobre esta base, al pasado, está señalando un seguro derrotero científico.

Por otra parte, la síntesis de las inmigraciones, que en oleajes sucesivos aparecen realizadas en las exploraciones arqueológicas, no se ha llegado aún a clasificarlas definitivamente, en lo que toca a su procedencia, y sobre todo a identificarlas con los grupos aborígenes supervivientes. Así, son los carios o caras de la familia maya o chibcha, cuya civilización se ha comprobado en su existencia en el Ecuador actual? Son los jíbaros de procedencia caribe, como se ha supuesto y de la misma familia de los "colorados" y cayapas de la costa ecuatoriana, a juzgar por su aspecto físico y su género de vida o pertenecen a la inmigración arawaca amazónica?

De los grupos indígenas de características singulares, como los otavalos, los zámbezis, los salasacas y los saraguros, se sabe si son autóctonos o mitimaes importados de otras latitudes del Incaio? Y si no se llega a establecer esta procedencia en forma evidente, qué significación tendrá la música, la danza, los trajes y las tradiciones folklóricas, si creyéndolas quiteñas pueden ser aimaraes o cuzqueñas y viceversa?

Y lo raro de los prehistoriadores en general es que emiten opiniones dogmáticas sobre épocas milenarias, y no responden a las interrogaciones como las apuntadas, pues ni han sido tema preferente de sus estudios.

Esto induce a creer que hoy nos hallamos todavía en la situación en que se encontraron los incas, que hacían viaje a Titicaca para conocer y admirar las ruinas de Tiahuanaco ignorando, afirma el Inca Garcilazo de la Vega, a los constructores, ni a qué época correspondían. Si los incas ignoraban esos datos, cuál será la solidez de nuestro conocimiento y de nuestras conjeturas?

Con respecto a las inmigraciones indígenas en el Ecuador actual, en la época prehistórica, se afirma, como la investigación mejor verificada, que son los **guancas** los que introducen lo que se puede llamar la primitiva civilización prehistórica. Estos **guancas** aparecen por el mar, y en la costa se fundan pueblos **guancavilcas**, y cuando se estable-

cen en las montañas marañónicas, **guancabambas**. Y estos guancas, se afirma, expulsaron o redujeron a servidumbre en la costa y en la sierra a los **puquines**, tribus indígenas salvajes. ¿Son estos guancas los caras?

Se afirma también que los jíbaros, que hoy habitan en las montañas amazónicas, como en siglos pasados, en la misma incultura, ocuparon también como inmigrantes el altiplano andino, en cierta época, pero que luego fueron desalojados. Son los jíbaros los indios puquines primitivos? O son procedentes los jíbaros, del Caribe, como parece indicar la posibilidad de su avance a la desembocadura del Amazonas, y luego su marcha por el camino de los ríos afluentes de éste, a la cordillera de Quito. Al fin, ¿cuál es la procedencia jíbara?

Se habla también de la inmigración **maypure** o **arawaca**, cuya presencia se comprueba en las Antillas, las Guayanas, el norte del Brasil, en Venezuela, Colombia, Ecuador y Perú. Son estos arawacas los jíbaros o los antecesores de las tribus de los indios colorados y cayapas que están ya al extinguirse en las selvas occidentales del Ecuador?

Se afirma que la cultura cañari corresponde a la de los **guancas**, y que los **Caras** del Perú y Bolivia fueron cañaris. Son los Caras representantes de la inmigración de mayor cultura que se bifurcó desde la costa ecuatoriana hacia Cañar, Quito y Cuzco? Es decir, son los Caras, los Caras de Quito y los incas del Perú, ramas de una idéntica inmigración andina? La leyenda de Quitumbe, es fuerza repetirlo, tiene en este punto un contenido de gran trascendencia, que explicaría, en forma de mito el origen de los Incas y la fundación del reino de los Caras en la región de los quitus que fueron dominados, quedando su nombre para designar la región, que al fin fué Reino independiente. Pues la huella toponímica de estos Caras o Carios, es muy significativa, ya que deja su estela prehistórica en el Caribe, Cara-cas, Carabobo, Bahía de Cará-quez y Cara-pungo, cerca de Quito.

Lo cierto es que dejando la responsabilidad de lo que haya de cierto o de inexacto en estas corrientes migratorias prehistóricas, a los antropólogos de la Academia, los simples aficionados de estas disciplinas, por el afán de conocer las raíces étnicas y culturales de nuestra nacionalidad, se puede repetir, que dejando a la arqueología el desciframiento de los jeroglíficos paleontológicos, es posible, a

nuestro juicio, reconstruir el pasado fisiológico, psíquico, humano del indio, sobre el panorama étnico del presente. Cuatro siglos desde el año de la conquista española de las tierras de América, no ha alterado sustancialmente las características de la raza india, que no ha merecido nuestro estudio y nuestro aprecio, por lo que esta raza se ha vengado prácticamente, negando su concurso mayoritario al progreso, con su inercia. El país soporta la huelga de los brazos caídos por algunos siglos, y no ha reparado en la magnitud del daño en su economía y, lo que es más grave daño, en el espíritu fatalista indio que ha trascendido en el de la nacionalidad.

En el aspecto de la organización política los cacicazgos se desarrollaron territorialmente en el mismo orden de ubicación geográfica que señala Velasco a las naciones primitivas, esto es, en las hoyadas andinas en que hoy se sustentan política y económicamente las provincias del Carchi e Imbabura (Imbaya); la provincia de Pichincha (Quito, Quitumbe); las de Cotopaxi y Tungurahua (Panzaleo); la de Chimborazo (Puruhá); las de Cañar y Azuay (Cañari); la de Loja (Paltas); y en las de la costa a El Oro y Guayas (Guancavilca); la de Manabí (Manta) y en la de Esmeraldas (Atacames).

El idioma quichua se habla exclusivamente entre la masa indígena campesina del interior de la República, y en las provincias amazónicas de la región Oriental, los jíbaros, záparos y yumbos hablan sus propios dialectos, excepto los últimos, que hablan un quichua alterado que introdujeron los jesuitas para la facilidad de su obra misionera.

La influencia de la colonización española penetró gradualmente para modificar la mentalidad y las costumbres indígenas, en forma desigual, pues mientras en algunos lugares la idiosincrasia del indio se encuentra intacta, en otros la ha modificado el mestizaje. La religión católica sólo ha llegado a sustituir la idolatría, y el jíbaro no ha cedido un punto en su paganismo, pese a todas las misiones católicas y protestantes que tratan de remodelar su espíritu.

Y esta impenetrabilidad de la cultura española en la conciencia indígena mayoritaria, tuvo ya su antecedente en los conquistadores Caras e Incas de las naciones quiteña y cuzqueña; pues la cultura schyri-incaica, que sólo precedió a la española en dos o tres siglos, según se congetura, sólo

obtuvo someterla a un régimen de tutela del Estado, que creó un régimen económico agrario colectivista, para someterlo al trabajo obligatorio, y con esto a la servidumbre, con el prestigio del gobierno teocrático de una dinastía de origen solar. Este sistema agrario incaico no puede designarse comunista, sino impropriamente, pues obedeció a la necesidad de obligar a la masa india al trabajo, al que era refractario; y también por la escasez de tierras fértiles en la serranía, situación que contrastaba con el aumento inusitado de la población por el matrimonio, también obligatorio. El indio primitivo también adolecía de pereza mental y espiritual, de la indolencia del fatalismo mongólico de su origen étnico, y si bien con el sistema colectivista de producción, quedó sometido a un régimen especial de trabajo, esta forma de producción lo redujo a un estado servil, sin personalidad ni aspiraciones de progreso, y se formó la masa india como la última capa social en el régimen de castas, que caracterizó a la política del Incario. Y el trasunto político de esta situación lo encontramos en el Reino de Quito, en el que la influencia conquistadora estableció la administración centralizada incaica, extinguiéndose la autonomía de los cacicazgos, que impidieron la defensa, cuando el ejército del Inca invadió sus fronteras.

Y esto explica el fácil éxito de Pizarro en Cajamarca, que determinó el de toda su empresa conquistadora, pues ultrajado y preso Atahualpa y asesinados los orejones o cortezanos, sustentáculo del régimen, la masa india no pudo reaccionar, le faltó conciencia nacional, que no la tenía ni podía tenerla. Pues bajo el dominio de sus conquistadores los Caras y luego de los Incas, no representó sino una masa de esclavos, obedientes al mandato del Rey y de los cortezanos, y el día que éstos sucumbieron en una encrucijada histórica, cayó el Imperio sin defensa alguna.

Y esa masa indígena quedó inerte en las manos del conquistador español, que ratificó su esclavitud, que la sometió al aniquilamiento en sus empresas conquistadoras, en la explotación de las minas y como animales de carga, además de emplear su trabajo gratuito y cruel en el cultivo de la tierra. Los indios murieron a millares sin llegar a extinguirse; y cuando el régimen colonial tocó a su fin, si por la independencia alcanzó el hombre de América su emancipación, la masa indígena fue el legado del régimen colonial,

a la República, así como la organización del feudalismo; y el indio siguió siendo un siervo, las libertades políticas que constituyeron el predicamento de la revolución nada significaron para el proletariado campesino, que siguió rumiando su encono contra el hombre blanco, y realizando su venganza inconsciente con la resistencia pasiva que opone una masa inasimilada a la cultura nacional.

El complejo sociológico que significa la presencia del indio en Ibero—América con su masa de cuarenta millones, recién empieza a estudiarse y a dársele la importancia que realmente tiene, principalmente en su aspecto económico, fundamento de la superación cultural.

Esta cuestión indígena ha sido estudiada someramente en los países más saturados de indigenismo, casi sólo en su aspecto descriptivo y romántico, en una densa literatura, que ha trascendido después especialmente a la novela y a la pintura y escultura. El autor de este libro, publicó en 1917 la primera edición de su libro "El Indio Ecuatoriano", el que fué, en la tercera edición de 1936 revisado y ampliado por el autor, que no cree haber tratado el problema indígena en forma exhaustiva, pero tuvo la prelación en el planteamiento de la cuestión en el orden económico, político y sociológico, que es preciso superar con los nuevos datos antropológicos sobre el indio y su cultura.

LA NACION QUITENA

I.—La Audiencia y Presidencia de Quito.—II.—El Estado Independiente de Quito.—III.—El Estado de Quito se constituye en República.

I

LA AUDIENCIA Y PRESIDENCIA DE QUITO

El Reino de Quito, fué erigido en Gobernación por Francisco Pizarro, el Adelantado de la conquista, y se la dió en posesión a su hermano Gonzalo, como donativo privilegiado, y con el reconocimiento anticipado de que, todo lo que conquistare aumentará su dominio y posesión territorial.

La importancia de esta gobernación y su rápido desarrollo político y cultural, con la fundación de ciudades y el ensanchamiento de sus límites hacia el Amazonas, obligó a concederle al antiguo Reino de Quito la calidad jurídica de Audiencia y Presidencia, en los términos fronterizos señalados en una Real Cédula, y sobre la base territorial de esta Audiencia se constituyó el Estado independiente de Quito, después de la insurrección del 10 de agosto de 1809, confirmada por la victoria de Pichincha en 1822. Y en 1830 se constituyó como República, nó con el nombre de República de Quito a que le ligaba la gloriosa tradición del Reino de

Quito de Atahualpa y sus antecesores, sino que se incurrió en un grave error, como queda dicho, y se llamó República del Ecuador, porque la línea geográfica ecuatorial que divide al mundo pasa por las proximidades de la ciudad de Quito, y no se estimó en su valor trascendental la tradición y la historia legendaria y gloriosa del Reino, la Gobernación y la Audiencia de Quito, de raíz centenaria, al optar esta designación geodésica. Colombia, la actual, se denominó en la colonia Nueva Granada, que sustituyó, en la República, con el nombre de Colombia. Por lógica histórica, será recuperado el nombre de Quito, pues el de **Ecuador** también designa geodésicamente al Congo belga, ecuatorial antípoda, en Africa, designación despectiva y válida en contra de este país en el Exterior.

Estos antecedentes plantean con claridad la posición geográfica, histórica y política de la actual nacionalidad ecuatoriana. Sepamos ahora, en una gran síntesis, sus vicisitudes históricas.

Cuando los tesoros del Incario llenaron de oro la sala en que Atahualpa guardaba prisión, hasta la altura de la pared a la que alcanzaba el brazo extendido de un hombre, y por este precio se prometió, sin cumplirlo, la libertad del Rey, creyeron los conquistadores que el metal codiciado abundaba, y no se preocuparon después, sino de buscarlo por todos los ámbitos del Imperio. La alucinación del oro, creó el fantasma del "El Dorado", la ciudad construída de oro, por un rey poderoso.

Sólo cuando comprobaron que el oro fué ocultado, y que jamás lo descubriría el martirio de los enterradores, o que se hallaba en el cuarzo de las minas, o entre la arena de los ríos, sólo entonces aceptaron los conquistadores que se hallaban dueños también del tesoro inagotable de las tierras fértiles, y de la masa indígena para la explotación de la tierra y de las minas.

Y empezó la era de la captación de las tierras de los cacicazgos y de las reservadas al Rey y al culto del Sol, y se constituyeron las "haciendas", sobre la base de las "encomiendas", institución creada por las "Leyes de Indias", para amparar al indio, al que se **encomendaba**, juntamente con el usufructo de las tierras, al conquistador, que las hizo suyas, esclavizando al indio. El feudalismo apareció en América, con la base de las haciendas de inmensas

extensiones, y comenzó también la guerra civil entre los encomenderos o latifundistas, por la disputa de la riqueza agraria.

Llegó a los Reyes de España el clamor de la opresión y destrucción del indio y el grito de guerra de los señores feudales de América, y se dictaron leyes justicieras, pero sin aplicación posible. Y llegó también el primer Virrey a imponerlas con su autoridad o por la fuerza, y en Quito fué vencido Núñez de Vela y decapitado por Gonzalo Pizarro, triunfando el feudalismo.

El gobierno de España impuso, por fin, su autoridad en la batalla de Jaquijaguana, pero aun cuando Pizarro fué a su vez decapitado, no lo fué también el feudalismo, que ya había echado hondas raíces en América, y sobrevive en la época republicana. Y esto demuestra que el feudalismo es una modalidad histórica de la economía agraria, que cumple una función orgánica relativa a la producción, y no debe ser una imputación a determinada forma de gobierno, pues es la resultante de una forma transitoria de economía, condicionada a un sistema político también transitorio. Lo malo está cuando esta forma de economía se eterniza extemporáneamente.

En el examen de los factores sociológicos que actúan en el desarrollo de las naciones iberoamericanas, se enumeran en general: el ambiente cósmico andino, la escasez de tierras fértiles en el altiplano, la insalubridad de las montañas tropicales, la existencia del latifundio y la servidumbre del indio, que no representa como siervo que es un factor eficiente de la producción y del consumo en el mercado interno, por el salario de hambre a que está sujeto. Y estos factores económicos explican la superestructura política de los gobiernos de las oligarquías de los señores feudales, falsamente democráticos, y de su alianza con el militarismo que se sustenta con un presupuesto absorbente de las rentas fiscales, y con el clericalismo siempre aliado también al que tiene el poder civil en sus manos. Y la reacción de la masa del pueblo, a veces, contra la oligarquía, o el fraccionamiento de ésta y la lucha entre los señores feudales, ha caracterizado más de un siglo de vida revolucionaria iberoamericana, tiempo cortísimo en la historia, si se recuerda la guerra del feudalismo europeo. Y para descargo de nuestra madre España, es preciso advertir que las tierras iberoame-

ricanas de su dominio colonial, son, por lo común, de una orografía e hidrografía parecidas a las de la Península, por la escasez de tierras fértiles y una economía de montaña o de valles amurallados, de difícil vialidad, creadores del individualismo, y con regiones también contrarias a la unidad nacional. Y esta geografía explica también la similitud de las vicisitudes revolucionarias de España e Ibero América.

Sin embargo de esta situación, el conquistador español, pasados los tiempos de la patria boba, representa a la hora de hoy en la mentalidad americana, el tipo del colonizador más audaz e hidalgo, cuya acción constructiva sorprende por su magnitud y su celeridad. En los dos siglos y medio (1533 - 1809) comprendidos entre la muerte de Atahualpa y el primer movimiento revolucionario de Quito contra el poder español, el gobierno colonial había construido en Iberoamérica toda la estructura básica de las veinte naciones. Con rara excepción, no se han fundado desde entonces otras ciudades importantes, además de las que fundó el conquistador español, con un dón de ubicación tan preciso, que no ha sido necesario variarla. Las repúblicas tienen, en su mayor parte, hoy, la misma extensión que tuvieron las Audiencias. Y lo singular fué, que al realizar la independencia, las naciones surgieron como repúblicas, con los contornos geográficos de los Virreinos, constituídos éstos por el territorio de las Audiencias, circunscrito en Cédulas Reales, y algunos sobre los límites de la propia Audiencia.

Sin mayor examen, en la sociología iberoamericana se ha atribuido esta singularidad a la organización jurisdiccional que las audiencias tuvieron en la Colonia, y se ha afirmado que es la Audiencia la que plasmó el ámbito territorial de las nuevas repúblicas, pero un examen de las "Leyes de Indias" sintetiza la verdad de su origen.

"Para el mejor y más fácil gobierno de las Indias Occidentales, dice una Cédula Real de 1680, Ley 1ª, Título 1º, Libro 5º de la Recopilación de las Leyes de Indias, para el mejor y más fácil gobierno de las Indias Occidentales, estén divididos aquellos reinos y señoríos (aborígenes) en provincias mayores y menores, señalando las mayores que incluyen otras muchas por distritos de nuestras Audiencias Reales, proveyendo en las menores de gobernaciones particulares, que por estar más distantes de las Audiencias las rijan y gobiernen en paz y justicia".

Son, pues, los Reinos y Señoríos existentes, que encontraron los conquistadores españoles, los que formaron la base territorial de las Audiencias. Esos Reinos y Señoríos, o Cacicazgos tenían sus propias tradiciones y su historia, que había caracterizado su fisonomía nacional, y por eso pudo el gobierno colonial español mantener una organización administrativa tan firme, pues los núcleos aborígenes que constituyeron los Reinos y Señoríos, quedaron sometidos en su propia circunscripción territorial, que la prehistoria comprueba.

Las Cédulas Reales, con la sabiduría que a las "Leyes de Indias" se les reconoce justamente, constituyeron un título jurídico en la creación de las audiencias, con el reconocimiento expreso de su territorio que lo demarcan sobre la realidad histórica de los antiguos Reinos y Señoríos indígenas, en forma inamovible, pues en la misma Cédula citada ordena el Rey a las autoridades "que se guarden y observen los límites de las jurisdicciones, según lo estuviere señalado por las leyes de este Libro" so las penas impuestas, "y cualquier exceso que en éstos se cometieren sea a cargo de residencia".

Esta verdad explica, en forma plena, que el principio jurídico llamado **uti-possidetis**, o sea la posesión territorial secular, reconocida en las Cédulas de erección de las Audiencias, constituya el título colonial de los límites ya demarcados de las nuevas Repúblicas, y fué aceptado como principio del Derecho Público Americano, sin contradicción alguna. Pues todas las naciones americanas encontraron en la Cédula de su erección como Audiencia, la demarcación de los antiguos reinos de Quito, del Cuzco, de Chile, etc. Los Virreinos fueron entidades de carácter político y no territorial. El Virrey sólo ejercía jurisdicción administrativa sobre el territorio demarcado de cada Audiencia. La jurisdicción se extendía, cuando la necesidad administrativa lo exigía, a alguna provincia de las Audiencias, pero la demarcación territorial era inalterable. Es inexacto que la jurisdicción de los Virreinos creó la demarcación de las nuevas Repúblicas.

La Audiencia y Presidencia de Quito tiene el prestigio histórico de haber realizado el dominio territorial de mayor extensión, autorizada para la conquista en la hoya amazónica, por el texto de la propia Cédula de su erección, pues

las tierras del Levante, como se la llamó a dicha región, era aún tierra de conquista, que la disputaron España y Portugal. Y cuando llegó a ponerse en el Amazonas el hito definitivo de la demarcación, se expresó en la piedra conmemorativa que ésta demarcaba a la Audiencia de Quito, de los dominios portugueses en el Amazonas. Y las hazañas de los misioneros y conquistadores de la Audiencia de Quito, las registran unánimemente todos los cronistas de la época colonial. ||

Por lo demás, la cultura de la época colonial ha sido significada históricamente como la Edad Media de las naciones americanas, por su carácter católico, humanista y latifundista.

En los días de la vida colonial prevalece el sentimiento religioso, como lo demuestra la arquitectura monumental de las iglesias; y las crónicas de esa época están llenas de episodios conventuales que apasionaban a la población de la ciudad.

El encomendero, el fraile y el soldado llenan el ámbito social; la literatura latinizante tiene una exigua producción; pero los sucesos de Europa, la constitución de la República democrática en Norte América, la filosofía de los enciclopedistas, la Revolución Francesa y por fin el destronamiento del Rey de España por Napoleón, preparan el ambiente revolucionario, que tiene en Eugenio Espejo su Precursor.

II

EL ESTADO INDEPENDIENTE DE QUITO

X En la ciudad de Quito tuvo lugar el primer grito de independencia que resonó en América. Los Virreyes del Perú y Nueva Granada (hoy Colombia) enviaron las tropas del Rey para sofocar la rebelión.

El acta de la independencia de Quito, pues con este nombre se denominaba entonces a toda la nación, se suscribió el 10 de agosto de 1809.

Una característica especial se registra en este acto. Los revolucionarios que la suscriben son el Marqués de Selva Alegre, que la preside, la nobleza criolla, los señores feudales y algunos elementos intelectuales. El elemento popular es un espectador de este movimiento, hasta convenirse, por los hechos, de que no se trataba de una alternativa de la nobleza criolla, reemplazando a los godos, como se les llamaba a los funcionarios españoles. Pero es lo cierto, que los hombres de la rebelión de Quito usaron el mascarón de una aparente lealtad al Rey, como sucedió en otros lugares, para encubrir el verdadero propósito de la Junta establecida a la igualdad de las que funcionaban en España mientras la prisión del Rey.

La llegada e intervención de las fuerzas monárquicas procedentes de Lima y Bogotá, que con falsas maniobras lograron apresar a los caudillos de la revolución, y la sentencia de muerte con la que se les condenaba, previo un juicio

sumario, despertó en la conciencia popular quiteña el sentimiento de adhesión a los hombres que iban a ser fusilados por la causa de la Independencia, y se produjo un levantamiento del pueblo de Quito, que atacó a los cuarteles realistas para salvarlos, pero sólo se obtuvo su asesinato en la prisión, y en esa masacre fué decapitada la élite de los hombres, cuya dirección política hizo tanta falta en la iniciación de la República.

Sin embargo del crimen del 2 de agosto de 1810, un año después del movimiento emancipador, la revolución continuó, pues recuperó el poder y se reunió la primera Constituyente en 1812, que dictó la primera Carta fundamental de la República, documento inmortal, por tener la primacía en su género, en Iberoamérica, y por su contenido democrático y su estructuración técnica, jurídica y política.

Al amparo del Estado de Quito y de su Constitución, continuó la lucha hasta 1814, continuada por la Revolución del Nueve de Octubre de 1820 que estalló en Guayaquil, que se proclamó Estado Independiente, Estado que luego fué reconocido por el General Simón Bolívar y el General San Martín, que avanzaban desde Caracas y Buenos Aires con sus ejércitos vencedores, hasta converger, como convergieron estos grandes caudillos, en la ciudad de Guayaquil en una Entrevista memorable, después del triunfo de Pichincha, que consolidó la independencia de Venezuela, Nueva Granada y Quito.

El ejército español se hallaba aún fuerte y organizado en la serranía del Perú, mientras el ejército del General San Martín evolucionaba en Lima y en el litoral peruano, en una situación indecisa. Bolívar después de Pichincha reiteró a San Martín el ofrecimiento de su concurso para dar término a la guerra, pues triunfante el ejército republicano en el Perú, el poderío colonial de España concluía en América. Qué podía impedir la unión del ejército de Bolívar, ya vencedor en la totalidad de su campaña, con el de San Martín, en una guerra común a sus propósitos?

Un secreto egoísmo estaba germinando en relación con el Estado Independiente de Guayaquil.

Desde la época colonial intentó el Perú, por su influjo virreinal, incorporar la provincia de Guayaquil, que comprendía entonces todo el litoral de la hoy República del Ecuador. Pues si bien el territorio de ésta formó parte, como Au-

diencia, del Virreinato del Perú, luego llegó a integrar el Virreinato de Nueva Granada, de posterior creación. No lo consiguió en la colonia, por expreso rechazo del Rey; pero lo intentó cuando aún no se había constituido como Estado independiente, amenazado aún por el ejército español. Está documentada históricamente la gestión del General San Martín, Protector del Perú, para que el Estado de Guayaquil se incorporara al Perú. x

Bolívar, por su parte, había concebido formar un Estado unitario con Venezuela, Nueva Granada y Quito, naciones que formaron en su calidad de audiencias el Virreinato de Nueva Granada. Y este interés contradictorio, ya discutido por Bolívar y San Martín en el proceso de la campaña por la libertad de Quito, al mando del General Sucre, se agudizó, cuando después de la victoria de Pichincha el gobierno del Perú, con la intervención del General San Martín insistía en la anexión de Guayaquil por plebiscito o por la guerra. Esta no se produjo por la oposición que encontró en algunos políticos de Lima, pero el peligro estuvo latente.

En estas circunstancias se realizó la Entrevista histórica de Bolívar y San Martín, en la ciudad de Guayaquil, pero cuando el General argentino acudía a la entrevista, escoltado por la escuadra de guerra del Perú, Bolívar se dirigió inmediatamente desde Quito, en donde se hallaba por esos días, a Guayaquil, y su presencia produjo un movimiento popular de adhesión a Colombia, a pesar de que el gobierno de Guayaquil estaba en inteligencia cordial con San Martín. Esa adhesión se ratificó posteriormente en plebiscito y Guayaquil se reintegró al Estado de Quito.

Triunfante en el hecho la tesis de la unidad colombiana que auspiciaba Bolívar, la Entrevista estuvo a punto de fracasar, cuando supo la nueva situación el General San Martín, en Puná, isla del golfo de Guayaquil, por los propios componentes del triunvirato del gobierno provisional de esta ciudad. Sin embargo, concurrió, defiriendo a la invitación repetida de Bolívar, para la entrevista de los libertadores "en el suelo de Colombia", como decía Bolívar en la nota oficial de su invitación.

Por eso la Entrevista fue protocolaria, y hasta cierto punto fría, propicia a incidentes desagradables entre la oficialidad de los caudillos, y terminó rápidamente. San Martín se retiró a media noche del baile que se le ofrecía, y se

embarcó para el Perú, y Bolívar le acompañó hasta el muelle de la ciudad, en donde la víspera se había izado la bandera tricolor de la Gran Colombia. De esa entrevista no ha quedado ningún secreto de Estado, como se ha dicho, sino la reserva recomendada oficialmente, para evitar dificultades del momento. La razón fundamental de la entrevista fue resolver la situación de Guayaquil, con su incorporación al Perú o a Colombia. Los demás puntos a tratarse resultaron de condición subalterna.

Dos grandes sucesos registra la Historia del Ecuador en la época de su independencia. Su constitución como Estado, por el pronunciamiento político revolucionario del 10 de agosto de 1810, y la incorporación de este mismo Estado a la unidad colombiana, por la intervención poderosa de Bolívar.

En la Asamblea formada por el cabildo abierto de Quito, se consideró que: realizada la independencia de España, "estaban disueltos los vínculos con que la conquista unió el Reino de Quito a la nación española, y en fuerza de los derechos sacrosantos de todo pueblo para emanciparse" se resuelve "reunirse a la República de Colombia, como el primer acto espontáneo dictado por el deseo de los pueblos, por la conveniencia y mutua seguridad y necesidad, declarando las provincias que componían el antiguo Reino de Quito, como parte integrante de Colombia, bajo el pacto expreso y formal de tener en ella la Representación correspondiente a su importancia política".

Hay que examinar las declaraciones trascendentales que están contenidas en este documento; 1º El Reino de Quito, constituido en Estado independiente por la constitución política de 1812, establece su personalidad histórica al incorporarse a la unidad grancolombiana; 2º La unión se realiza bajo el pacto expreso y solemne de tener su propia representación en la nueva organización política, de acuerdo con su categoría estatal; y 3º Esta unión se realiza también por consideraciones de conveniencia mutua, seguridad y necesidad.

Y cuál era la conveniencia mutua, y la seguridad y necesidad de esa unión del Estado de Quito a la Gran Colombia?

Le seguridad consistía en la defensa militar, para impedir que la provincia de Guayaquil, perteneciente al Estado de Quito, fuese incorporada al Perú, por la fuerza, como

pretendió San Martín; la mutua seguridad se refiere a la defensa, no sólo de la provincia de Guayaquil, sino también a la anexión de las provincias de Jaen y parte de Mainas de la región Amazónica, que el gobierno del Perú había ocupado mientras Quito se batía en la lucha por la independencia. Si el Perú hubiera logrado hacer suya la provincia de Guayaquil, habría alcanzado el mayor predominio en las costas del Pacífico, y añadido a esto su ensanchamiento territorial en la región Amazónica, el poderío del Perú iba a constituir una amenaza no sólo para la paz de Colombia sino para la de las naciones del Pacífico en general. La unión no sólo garantizaba la defensa y tranquilidad del Estado de Quito, sino la mutua seguridad de la unidad colombiana. Bolívar dió a "esta cuestión de Guayaquil" toda la importancia que tenía, no sólo en el orden interno, sino en el internacional de América, y por eso, realizada la Gran Colombia, su gestión fué incesante para demarcar las fronteras con el Perú, a lo que este país opuso una resistencia pasiva que tuvo que ser vencida en la guerra latente, que al fin estalló.

Pues, tan pronto como el Perú, después de Ayacucho, la batalla decisiva de su libertad, alcanzada con la cooperación decisiva del ejército de Colombia al mando de Bolívar y Sucre, triunfadores en Junín y Ayacucho, y tan pronto como el gobierno del Perú pudo alejar al Libertador de su suelo, intentó, por las armas, la anexión del Ecuador y Bolivia, siempre con la obsesión de reintegrar a la República del Perú el territorio del Virreinato, pero fracasó en su intento en las batallas de Tarqui e Ingabí.

Fué entonces obligado el Perú a suscribir el tratado de paz y límites en la ciudad de Guayaquil, precisamente, en 1829, y se fijó la frontera arcifinia en los ríos Marañón y Amazonas, en el río Tumbes y en el río Macará, que circunscriben el patrimonio territorial del Ecuador, entonces unido a Colombia.

El tratado de Guayaquil, no sólo tiene una significación interestatal, sino los fundamentos de la paz suramericana, porque limita el territorio del Perú a sus propias y justas proposiciones para su desarrollo, sin peligro de las naciones vecinas, y defiende la solidaridad continental, con el dominio del Pacífico, sin permitir el ensanchamiento que

pretendía el Perú con la intervención del General San Martín.

En los días iniciales de su independencia, estuvo en peligro grave la existencia del Estado de Quito, si triunfaba la tesis de la incorporación de la provincia de Guayaquil al Perú, porque ya se había unido Quito a la Gran Colombia, después de la victoria de Pichincha.

Por eso Bolívar y Sucre son venerados en el actual Ecuador, como sus verdaderos libertadores.

III

**EL ESTADO INDEPENDIENTE DE QUITO SE CONSTITUYE
EN REPUBLICA**

* En 1830 se separó de la unidad grancolombiana Venezuela, para constituirse en Estado independiente.

Esta actitud fué seguida por Nueva Granada y Quito, con igual finalidad. La República unitaria que se constituyó por la intervención del Libertador Bolívar, sólo duró ocho años, y se la recuerda con el nombre de la Gran Colombia, para diferenciarla de la actual Colombia, que antes se llamó Nueva Granada.

A dos grandes próceres de la Independencia parecía que el destino los había señalado para que auspiciaran la constitución republicana libre del Estado de Quito, a los Mariscales Sucre y La Mar, ecuatoriano éste de nacimiento, y aquél por los afectos de su corazón.

Cuando la dictadura de Bolívar llegó a exacerbar los ánimos y crear un ambiente de rebelión en Nueva Granada, que culminó en Bogotá, en un atentado contra la vida del Libertador, esa misma exacerbación tomó el carácter de guerra internacional, motivo invocado también para encubrir ambiciones y odios que fermentaban subterráneamente los incipientes nacionalismos.

El General La Mar, fué Presidente del Perú, porque en la primera constitución de esta República se aceptó la do-

ble nacionalidad, declarando peruanos de nacimiento, con opción al desempeño de los más altos cargos, a los gestores de la victoria de Ayacucho, y por eso Bolívar fué antes presidente constitucional. Y en esta posición política La Mar declaró la guerra a Colombia y sufrió la derrota en Tarqui, que le colocó en una situación histórica ambigua, pues si parece punible su intervención contra la Gran Colombia bolivariana, documentos históricos rectifican cualquier imputación indecorosa contra La Mar, quien realmente trataba de disolver la Gran Colombia, para auspiciar la creación de la República del Ecuador.

El general colombiano Heres que persiguió a los derrotados de Tarqui hasta que evacuaron el territorio, pudo comprobar en la ciudad de Loja, cuál fué la intervención real del General La Mar al invadir Colombia. Constató Heres que a su paso por dicha ciudad, con dirección a Cuenca, brindando en un banquete, dijo La Mar: "que venían (invadían Colombia) llamados por Santander, porque él había sugerido los planes de la invasión. Que su intención era: ir hasta el río Juanambú, convocar un Congreso en Quito, y separar el Sur con el título de República del Ecuador. La Mar debía ser el Presidente, como hijo del Azuay, y Gamarra del Perú, reuniéndolo a Bolivia". Y al comunicar esta declaración de La Mar, en carta dirigida a don Joaquín Mosquera (1829, colección de cartas de Bolívar, por Lecuna) le dice Bolívar: "Qué tal? Santander está de acuerdo con La Mar (Santander era el Vicepresidente de Colombia) le llamó y le indicó el medio de poner en planta este proyecto.—Sin embargo yo tomaré en consideración a su tiempo cuanto me dice Ud. con respecto a ese hombre vil, TRAIADOR y pérfido. Bolívar".

Obsérvese que Bolívar llama traidor a Santander por la invasión a la Gran Colombia, pero la historiografía bolivariana que desconoció este documento, dió tal calificativo a La Mar, que se ha repetido sin examen, siendo como es el Mariscal La Mar de la estatura prócera de Bolívar, de San Martín y de Sucre, con los que alternó en un plano de igual importancia histórica. Y La Mar es el único prócer ecuatoriano de esta categoría en la guerra de la Independencia.

Perdida la guerra de Tarqui y de regreso al Perú, en Paita fué apresado por Gamarra, y embarcado a Centro

América el General La Mar, quien murió en el destierro, sin poder defenderse.

El General Antonio José de Sucre, el vencedor en Pichincha y Ayacucho, batallas decisivas de la Independencia, regresaba en 1830 desde Bogotá, después de haber presidido el Congreso Admirable, para residir en Quito, en donde había formado su hogar y era querido y admirado, como lo es hasta hoy su memoria. Y lo evidente era, que residiendo Sucre en Quito, y llegado ya el momento de constituirse el Estado de Quito en República independiente, ¿quién sino él tenía que ser su primer Presidente? Tan profunda fué esta convicción, que después de su asesinato en la montaña de Berruecos, en el Sur de Colombia, se sindicó al General Flores, que asumió la Presidencia de la República, como cómplice del crimen, aunque su defensa aparece hoy como definitiva.

¿Qué sino fatídico persigue a nuestra patria ecuatoriana, en su proceso histórico, en el que se ve desaparecer como en la tragedia antigua, a sus más egregios conductores políticos y estadistas, cuando más necesarios eran? Es asesinado Atahualpa, el creador de la nacionalidad quiteña, que consolidó en sus fronteras seculares y ensanchó su dominio político con la conquista del Incario; es masacrado el grupo de estadistas, patriotas y filósofos sacrificados el 2 de agosto de 1810 en la prisión; La Mar es desterrado y vilipendiado por sus compatriotas; Sucre asesinado cuando debía asumir el gobierno del Ecuador, ya ejercitado en el poder civil después de la creación de Bolivia. Parece que un destino adverso se ensañará contrariando el desarrollo vital del Ecuador!

No fué La Mar, ni Sucre el primer Presidente de la República de Quito, que así debió llamarse en la primera Constitución política, sino el General Juan José Flores, aguerrido soldado de la Independencia, que sólo supo captar el poder y mantenerse en él, con la fuerza de un ejército pretoriano extranjero, por más que quince años, hasta que la Revolución del Seis de Marzo de 1845, de reivindicación nacional, lo expulsó del país.

Nació, pues, el Ecuador bajo el signo fatal del militarismo que formó escuela de cuartelazos y sublevaciones continuas, y que tuvo en el General Urbina y después en el General Veintimilla sus mayores secuaces.

Si una aberración cósmica complicó la economía nacional con la accidentada orografía andina, que forma un amurallamiento del país en regiones, que las aísla, y obra en forma contraria al sentimiento de la unidad nacional, la aberración política ha complicado su progreso.

Dos grandes gobernantes de la República comprendieron la realidad del problema de la unidad nacional y la forma de su solución: García Moreno, realizador de la gran carretera en el interior de las provincias andinas, y Alfaro, constructor del ferrocarril trasandino que une la costa con la sierra, desde Guayaquil hasta Quito, y que se ha prolongado hasta Ibarra posteriormente. Pero esta base inicial y fundamental de la estructuración de la economía, de la vida de relación interprovincial, generadora de la unidad nacional, no ha tenido continuidad, sino la construcción o reparación fragmentaria y dispersa.

Con una mirada de conjunto sobre el sentido geográfico del Ecuador, se puede comprender mejor su historia, como queda insinuado.

Y en este ambiente han actuado tres grandes aberraciones históricas: el militarismo, el clericalismo y el latifundismo.

Pues si el militarismo conculcó las libertades y produjo en ocasiones la anarquía, el clericalismo intervino en la vida política y produjo el cisma religioso que no existía, y la guerra civil se escudaba a veces con la hipócrita defensa de principios religiosos que nadie atacaba. La historia del clericalismo, comprendiendo en esta palabra a la frailería conventual, ha llenado las páginas de la historia nacional, con sus escándalos en la Colonia y con la mixtificación de la política conservadora con máscara religiosa, para captar el poder, manteniendo al país en constante zozobra. Pero esta situación declinó ante las reformas liberales que incautaron los latifundios eclesiásticos y laicizaron la enseñanza.

Y el militarismo y el clericalismo no han sido en definitiva sino los aliados del latifundismo, cuyos efectos en la vida política y económica del país, son demasiado conocidos para que sean explicados. La historia del primer siglo de la República se caracteriza por la lucha por el predominio político del militarismo y el clericalismo, sin poder afirmarse que ha desaparecido en esta época, pero sí que se ha atenuado. Lo que prevalece incontestable es el feudalismo

agrario o latifundismo. El aparecimiento del socialismo en el Ecuador ha hecho suya la bandera de la reforma agraria, como el liberalismo combatió especialmente al clericalismo.

Esta dilucidación es inevitable en el examen del proceso histórico de la República, porque los gobiernos se han sucedido con el matiz liberal o conservador de sus programas, y la historia de los partidos políticos está identificada con la del país.

Estos antecedentes permiten dividir en cuatro etapas el desarrollo histórico del Ecuador: 1ª Preponderancia militar extranjera y nacional; 2ª Disciplina orgánica y constructiva hacia la unidad nacional; 3ª Renovación ideológico liberal; 4ª Anticaudillismo y anarquía política.

La primera comprende el período político desde 1830, de la captación del gobierno de la República por el general venezolano Flores, hasta 1860, año del aniquilamiento del régimen militar del General Urbina.

Dentro de estos treinta años, aparecen aislados como dos oasis, el gobierno de Don Vicente Rocafuerte, incrustado extrañamente en el régimen floreal; y el régimen de Don Ramón Roca, derivado de la Revolución del 6 de marzo de 1845, que abatió al General Flores. Este noble esfuerzo cívico fué traicionado por el General Urbina.

La segunda etapa histórica comprende desde 1860, del aparecimiento en el poder, como Presidente Constitucional del Ecuador, el señor Gabriel García Moreno, hasta 1895, año de la Revolución Liberal.

La tercera etapa está caracterizada por el régimen del General Eloy Alfaro, y los gobiernos liberales que se suceden hasta 1925, que declinan ante la transformación política de este año, sin caudillo y sin programa político concreto, hasta producirse la anarquía oligárquica, que al fin encontró su representación genuina en un profesional político que fué arrojado del poder por un golpe revolucionario, con el propósito de implantar un gobierno responsable y democrático, suceso acaecido en mayo de 1944.

En los 114 años transcurridos desde 1830, de la fundación de la República, las cuestiones esenciales a resolverse perentoriamente, fueron, en primer término, la demarcación de las fronteras patrias con Brasil, Colombia y Perú, pues el tratado de Guayaquil de 1829, es de demarcación de límites del Ecuador. Pero el gobierno del Perú se negó a

enviar la Comisión demarcadora acordada en el Tratado y exhumó cédulas coloniales anuladas por el nuevo estatuto jurídico creado por el hecho de la independencia, cédulas expresamente excluidas al suscribirse el referido Tratado de 1829. Esta cuestión de fronteras con el Perú ha sido para el Ecuador su más grande preocupación, que ha influido en su difícil desarrollo político y económico, sin la paz propicia para dedicar toda su atención a su vida interna.

Y al lado de la preocupación de las fronteras, que se demarcaron en paz con Brasil y Colombia, estaba la urgencia de la vialidad para salvar el óbice de la separación orográfica regional y dar unidad práctica a la vida política y económica nacional, siempre influida, dirigida o anarquizada por el militarismo, el clericalismo y el feudalismo gamonalista, captador del poder para la defensa primordial de sus intereses. La producción agraria esclavista, de exigua proporción y de salarios de hambre, anquilosa la exportación y la circulación de la riqueza, reflejada en la miseria fiscal, y en su consecuencia la deficiente atención de los servicios públicos. El militarismo ha absorbido el más fuerte capítulo presupuestario, y es la consabida espada de Damocles sobre la cabeza de los gobernantes civiles, casi sin libertad de acción por las restricciones de la Constitución Política y por los intereses políticos creados en el ambiente palaciego.

Por esto las administraciones presidenciales que se han sucedido en el poder han sido casi siempre rutinarias y anónimas, pues han empleado casi todo el tiempo del período presidencial, en la defensa del gobierno, del militarismo, el clericalismo y el gamonalismo feudal.

Son contadas las figuras presidenciales de relieve histórico y las otras desaparecen entre la burocracia ordinaria o se singularizan por sucesos coetáneos con su permanencia en el Palacio, en forma casi irresponsable.

Rocafuerte tiene el prestigio de organizador de la educación en general, y sus mensajes presidenciales son obras maestras de ilustración política, que no pudo trascender mayormente del campo literario, pues prácticamente fué el General Flores el que mantuvo siempre en sus manos los poderes legislativo y militar, frente al gobierno civil.

Roca fué el más pulcro e inteligente gobernante, y en sus manos la economía alcanzó gran desarrollo y supo man-

tener la paz con pulso firme. La intervención militarista de Urbina en la sucesión presidencial, que al fin la hizo suya traidoramente, hizo fracasar el programa nacionalista, en el sentido del rechazo del militarismo extranjero en la política del país, y la continuidad de la organización fiscal que el Presidente Roca superó.

El nefasto militarismo urbinista, por sí mismo y por la imposición de su secuaz, el General Robles, en el poder, condujo al país a la anarquía, de la que salvó a la República un gobernante excepcional, el Dr. Gabriel García Moreno, de fuerte personalidad, talento y valor.

Aunque gobernó durante dos períodos presidenciales su obra política y su programa ideológico fué trascendental, porque supo plasmarlo en la verdad de los problemas esenciales de la nación con acierto de estadista, con patriotismo inquebrantable y una extremada pulcritud en el manejo e inversiones de las rentas fiscales.

Al realizar García Moreno su plan constructivo, aparece en los hechos como uno de los presidentes que supo lo que tenía que hacer, a dónde iba, y cumplió su programa aprovechando todos los recursos que juzgó útiles para el bien nacional. Así, para aniquilar el militarismo urbinista, invistió el título de General, y para refrenar al clericalismo se declaró campeón del catolicismo y pactó un Concordato con la Curia Romana, el que puso en sus manos la disciplina eclesiástica. Como General alcanzó un resultado práctico, pero como leader católico, no tuvo en sus intervenciones el sentido de la proporción, pues si es verdad que metió en vareda a la clerecía y el frailismo de misa y olla que había vivido desde los tiempos coloniales en indigno relajamiento de costumbres, cuando quiso extender esta disciplina a la vida civil, rebasó la medida e incurrió a su vez en una intransigencia sectaria que produjo un cisma de carácter religioso en un país de católicos. Su precepto constitucional que impone la condición de que para ser ciudadano es preciso ser católico, demuestra el error del estadista y el espíritu del inquisidor. El liberalismo ecuatoriano que fué siempre católico se convirtió, no en anticatólico, sino en anticlerical. Este espíritu prevalece en toda la reforma liberal.

Esta intolerancia religiosa contrastó con el efectivo progreso realizado, y rompió otra vez la unidad nacional, que la iba además estructurando con la gran carretera que

atravesaría todo el país como una gran vértebra de convergencia para la vialidad seccional, pero el cisma religioso y la persecución al liberalismo que empezó a conspirar a la sombra, hizo imposible una tercera reelección, que la intentó. Y es una tristeza decir que esa reelección fué impedida con el asesinato cruel del más grande magistrado ecuatoriano.

La intensidad de la obra y de la ideología política garciana se prolongó de 1860, de su primera elección hasta 1895 del advenimiento del liberalismo al poder. Pues, descontentada la administración del General Veintimilla, sin ideal político, derrochadora y venal, el conservadorismo fué de esencia garciana hasta el año antedicho, y aún tiene prolongaciones esporádicas y anacrónicas. Porque es singular que la figura política de García Moreno y su programa de acción no ha sido comprendido por los partidos clásicos conservador y liberal beligerantes antes y después de 1895, pues si para los conservadores García Moreno fué un santo, los liberales lo han llamado tirano atacado de morbosa locura clerical.

Y García Moreno no fué ni un santo ni un loco, fué un gran estadista, en el sentido integral de esta palabra.

El General don Eloy Alfaro es el gestor y representante de la revolución liberal en el Ecuador. Hasta 1895 el antiguo liberalismo de Rocafuerte, de Roca y de Pedro Carbo, fué más bien un republicanismo laico, sin prejuicios sectarios, anticlerical a veces, y jamás anticatólico.

Alfaro es aún hoy, después de su martirio, el símbolo del liberalismo ecuatoriano. Y su intervención en la política del país, se prolongó también, no como ideología, sino como caudillaje, hasta 1925, en que se produjo una revolución militar de carácter anticaudillista, lo que definió el final de la etapa política anterior.

En los treinta años que transcurren desde 1895, hasta la llamada Revolución Juliana, por haberse producido en el mes de julio, se opera una transformación esencial en el Ecuador, en todos los órdenes de la vida. ¿La causa? Las puertas abiertas a los aires renovadores del mundo, con la construcción del ferrocarril trasandino de Guayaquil a Quito. Este solo hecho del General Alfaro es su justificación histórica en el ejercicio del poder y el programa práctico del liberalismo.

¿Después? El caudillismo obstinado del General Alfaro lo hizo aparecer en el escenario candente de una guerra civil, desatada entre las facciones militares aspirantes al poder, y en el rechazo general del pueblo ecuatoriano a la tercera reelección, que atribuyó al Viejo Luchador, como se le llamó al General Alfaro, por antonomasia, fué vencido y prisionero el caudillo y sus capitanes, y masacrados y quemados en la hoguera inquisitorial; y otra vez tiene que registrar la historia en su martirologio, el nombre de un gran constructor del progreso nacional entre sus víctimas.

La Revolución del 9 de julio de 1925 pudo ser y no fué la revolución que un vago anhelo popular sigue creyendo necesaria para que se realice un programa concreto de los esenciales predicamentos de justicia social que la época reclama en forma perentoria.

El militarismo ya rehuye el caudillaje, síntoma de su humanización, y el clericalismo ha perdido su patrimonio territorial, que le daba facilidad económica para su cooperación política, pero lo que se mantiene intocable, pese a las nuevas leyes del trabajo, es el latifundista y la esclavitud del indio, el verdadero proletario ecuatoriano.

La coincidencia de la revolución juliana con el auge del fascismo en el campo ideológico, influyó para que si, por una parte, se rechazó el caudillo militar, se aceptó sin embargo que un Encargado del Poder Ejecutivo se llamase Dictador, e hiciera de Mussolini de opereta, realizando el atentado más grande que se ha perpetrado en la tradición política del Ecuador: el rompimiento del estatuto jurídico, su nexa de continuidad constitucional. Y se estableció un gobierno oligárquico, un gobierno de facto de cuatro años, irresponsable, derrochador e inútil, que luego fué derrocado por los mismos fautores de la revolución militar, quedando el poder civil en las manos de todos los audaces que pudieron ocuparlo, en una sucesión dictatorial ridícula, que anarquizó al país en una forma más grave aún que en la época del urbanismo traidor.

Esta época del "julianismo" anarquizante se caracteriza por la desmembración territorial, monstruosa, por su extensión y por la forma cómo fué perpetrada, así como por

la impunidad de los responsables, que la opinión ha señalado concretamente, pero que se ha tratado de desvirtuarla, imputándola a la anarquía política colectiva de esta época infausta.

¡La cultura política en el primer siglo de vida de la República ha sido de muy bajos quilates!

Cultura Literaria y Artística

I.—El ambiente literario colonial.—II.—Nuestros poetas y escritores.—III.—Los novelistas.—IV.—Quito Monumental.—V.—La escuela quiteña de pintura y escultura.—VI.—La pintura moderna e impresionista.

I.—El ambiente literario colonial

La producción literaria y artística de un país, es también, como su flora, un brote natural de su ambiente, y si éste no fuera un principio sociológico aceptado, la exuberancia de la literatura y el arte ecuatorianos serían la mejor comprobación de esta certeza.

En la plenitud de la vida campestre, en el ambiente maravilloso de los grandes valles de la serranía, el matiz de los colores de las dehesas, y el cuadriculado del cultivo de los cereales en distintos grados de maduración, semeja una alfombra multicolor, que tiene por orla el caudal de los ríos que serpentean en la llanura; y la montaña andina gigantesca, sirve de fondo al paisaje que invita a su contemplación.

Los valles de los Chillos, y los de Cayambe e Imbabura, en el Norte; los de Patate y los Elenes en el Centro; y los del Azuay y Loja en el Sur, brindan al paisajista características peculiares. Y la espléndida visión de una mañana limpia de nubes en el cielo azul radiante de la ciudad

de Quito, ha sido y será siempre el tema de la pintura quiteña, y en cuyo ambiente se desarrolla también la trama de la novela y la poesía nativas.

Así mismo, en las orillas del mar y en las zonas abruptas tropicales que se extienden hacia la cordillera, ha florecido el relato inmortal de José de la Cuadra, y la novela tiene la exuberancia y la belleza del trópico.

Sólo el convencionalismo de las escuelas exóticas literarias o pictóricas ha podido desadaptar a los poetas y a los artistas de su natural escenario, para transplantar flores de invernadero, destinada a morir por faltarles su clima y la caracterización propia del tipo humano indio o montubio.

La poesía ecuatoriana aparece en la canción campesina de los yaravíes; y en las formas métricas clásicas de los primeros maestros y alumnos de los colegios y universidades coloniales.

La poesía mística, el romance sentimental, la leyenda heroica de los conquistadores, tienen su diapasón en la escuela clásica española, y en el gongorismo que es la protesta y la revolución, por el anquilosamiento métrico y el conceptualismo rígido de los arcaicos moldes.

En el siglo XVI, que señala en el tiempo el principio de la historia americana, la literatura aparece en el clausuro de los claustros conventuales. Son las crónicas de los soldados o frailes o escritores que acompañan a los conquistadores, los que llenan las páginas de sus libros, con la minuciosa narración de cuanto pueden admirar en este Nuevo Mundo, y cuentan sin asombro los hechos épicos que dieron el resultado de que un puñado de aventureros se apoderara de los imperios centenarios de México y el Perú.

La conquista de "El Dorado", que atrae con su espejismo a los buscadores de oro, realiza, como otro Bellocino legendario, la aventura y el milagro de los eternos argonautas de la historia, realizadores de los grandes descubrimientos geográficos, impulsados por una gran ilusión. Fué el Amazonas, el descubrimiento de un mar mediterráneo en el corazón de América, lo que obtuvieron Francisco de Orellana y los suyos como un don de los dioses para el bien de la humanidad. Este descubrimiento ha sido la matriz prodigiosa de crónicas, leyendas épicas y viajes fantásticos en la selva marañónica.

Luego, la guerra civil entre los conquistadores por el acaparamiento de tierras y el poder; la resistencia a los enviados del Rey, quién pretende desfacar agravios, en el afán quijotesco de querer someter a la ley a los colonizadores de América, que habían creado su propio fuero de conquistadores rebeldes, esa guerra civil da materia para las crónicas que tienen que registrar la decapitación de un Virrey en Iñaquito, realizada por los encomenderos, para no suscribir las capitulaciones en favor de la raza indígena.

La vida política de Quito se desarrolla a la sombra de los campanarios de los templos y conventos ciclópeos, de proporciones desmesuradas en ciudades incipientes y en países de escasa población; y tiene la sociedad colonial días bulliciosos, por los procedimientos arbitrarios de los Oidores, y la revolución civil de los conventos que eligen Prior, con la participación de toda la ciudad en el sufragio siempre tumultuoso y pasional. Y también los plumarios del Rey, anotan prolijamente estos escándalos, para edificación de la posteridad.

Las universidades promueven concursos literarios, y sólo alcanzan a producir obras como "El Perfecto Confesor y Cura de Almas", de Machado de Chávez, y el "Sermonario" del cura oriundo de Zaruma, Francisco Rodríguez, así como el tratado místico del franciscano quiteño José Maldonado, con el título "El más escondido retiro del alma". Esta es la primicia de la literatura colonial.

Ya en el siglo XVII aparece en el escenario quiteño Fray Gaspar de Villarroel, como el primero y más grande escritor de la Colonia.

Don Gonzalo Zaldumbide, el máximo crítico literario del Ecuador, ha escrito su biografía. Su elogio y la extensión erudita de la obra de Villarroel exige muchas páginas y no las cortas líneas de una síntesis literaria, y sólo es posible decir en su honor, estas palabras de su crítico: "La historia de la literatura ecuatoriana puede comenzar con el nombre de uno de los escritores más importantes, más singulares y amenos de cuantos produjo la América colonial. Tal es Fray Gaspar Villarroel, nacido en Quito hacia 1587".

Y ésta es la verdad, porque antes de Villarroel sólo nos encontramos con escritos místicos y sermonarios, y después de él, con el libro del Padre Jacinto de Evia, llamado "Ramillete de varias flores poéticas", y con las biografías de

Mariana de Jesús, nuestra santa nacional, que ha inspirado con sus virtudes a la mística de su tiempo y a los escritores de nuestro siglo, con igual admiración y pulcritud en su elogio.

Es el siglo XVIII el precursor de la rica simiente literaria y poética que, echada al voleo en los surcos pródigos del ambiente americano, habrá de florecer con exuberancia y selección en los tiempos posteriores.

Este siglo XVIII es el de la llegada a Quito de los académicos franceses, cuya visita despertó gran entusiasmo por las ideas políticas de Francia; y la influencia de Luis Godín, Pedro Bouguer y Carlos La Condamine, en el ambiente cultural quiteño fue decisivo.

Comentando estos acontecimientos se ha dicho que "con los académicos llegaba la resonancia de las doctrinas filosóficas, de las discusiones literarias, de los descubrimientos científicos, de los principios de la política que anunciaban la llegada de una nueva era". Es el siglo XVIII, en efecto, el portador del Contrato Social de Rousseau, de la Enciclopedia de Diderot, de la ironía demoledora de Voltaire. El siglo XVIII trajo en su seno la Revolución liberal, y la llegada de los académicos a Quito despertó interés inusitado por la ciencia, la filosofía, la política y la literatura de Francia y del mundo.

Los académicos franceses descubrieron en el silencio de su estudio a don Pedro Maldonado, aquilataron su valor, su sabiduría, y de hecho quedó asociado a la empresa trascendental de la Misión Geodésica Francesa, pues viajó con La Condamine al Amazonas, fue a Europa en compañía de los académicos, y su obra geográfica fue estimada en toda su importancia. Y en su fallecimiento prematuro, en este viaje de estudio, la Academia de Ciencias de París le rindió el homenaje merecido, y Humboldt hizo su elogio en estos términos: "A excepción de los mapas de Egipto y de algunas partes de las Grandes Indias, la obra más cabal que se conoce respecto de las posiciones ultramarinas de los europeos, es sin duda el Mapa del Reino de Quito hecho por Maldonado".

No tardó mucho tiempo en aparecer una agrupación de patriotas que proyectó "La Escuela de la Concordia" y formó la "Sociedad Amigos del País", por inspiración de un quiteño desterrado en Bogotá, que responde al nombre pom-

poso de Francisco Javier de Santa Cruz y Espejo, pero al que sus contemporáneos llamaron familiarmente "El indio Chusschig", su apellido auténtico paterno.

Este gran Eugenio Espejo, como le llama justamente la posteridad, es el hombre singular del siglo que precedió la época de la emancipación de América del dominio político de España.

Espejo es el precursor del movimiento emancipador quiteño. Escritor fecundo y docto trató todos los temas científicos y literarios de su época. Hizo la crítica política y social de su ambiente con desenfado, y mereció el destierro, la calumnia y la cárcel.

Sus principales obras son: "El Nuevo Luciano", "Marco Porcio Catón" y la "Ciencia Blancardina". Su periódico "Primicias de la Cultura de Quito", significó la iniciación del periodismo, y la bandera desplegada a los vientos de la independencia americana.

La muerte le sorprendió en la cárcel, pues de ésta salió agónico y la ciencia médica no pudo salvarle. Mas su obra sobrevivió con tal pujanza y prestigio, que por consenso unánime, Espejo es considerado como el Precursor de la Independencia, cuya revolución estalló el 10 de agosto de 1809.

En esta época un tanto agitada por ideas y hechos trascendentales, y entre éstos la expulsión de los jesuitas de América, aparecen las obras poéticas del Padre Juan Bautista Aguirre, y la colección de Faenza, con la producción poética clásica de varios jesuitas.

El Diccionario biográfico-histórico de las Indias de Antonio de Alcedo, es la obra de gran aliento entre la bibliografía colonial, pues ha prestado un gran servicio a los posteriores estudios históricos y geográficos. Una obra inédita de Alcedo, "Bibliografía de autores que trataron de las Indias", descubierta en la Biblioteca Nacional de París, ha suministrado datos de gran interés, pues en este libro consta que el Padre Marcos Niza y Francisco Collahuaso, citados por el Padre Velasco en su historia, como fuentes originales de información, realmente escribieron sus libros: "Dos líneas de los señores del Cuzco y del Quito", el primero; y "Guerras Civiles de Atahualpa", el segundo. Esto afirma la posibilidad de que un día se encontrarán estas obras, cuya existencia se negó por simples conjeturas.

Al comienzo del siglo XIX llegó a Quito uno de los hombres más notables de Europa y del mundo, Alejandro de Humboldt.

Lo que representó para el Ecuador la visita de este ilustre sabio, lo expresa así González Suárez: "Humboldt es el primer sabio que acertó a dar importancia y prestigio a la arqueología americana, de la cual merece, sin disputa, el título de fundador. Humboldt es respecto del conocimiento científico del Nuevo Mundo, lo que fué Colón en cuanto a su descubrimiento: el gran marino genovés dió con la América, buscando por accidente el paso de las Indias Orientales; y el ilustre sabio prusiano hizo conocer la naturaleza de América, hasta entonces ignorada. Naturaleza de las rocas, condiciones geológicas de los yacimientos, de los fenómenos volcánicos, aspecto de las cordilleras, maravillas de la vegetación, hermosura de los montes, magnificencia de los ríos, restos de la civilización de los aborígenes americanos, nada pasó desapercibido para el ilustre viajero. Escaló las rocas nevadas del Chimborazo, describió el palacio de Huainacápac en el Cañar, dibujó las pasionarias de nuestros bosques y levantó la carta geográfica de nuestro territorio".

Fué huésped de Don Juan Pío Montúfar, Marqués de Selva Alegre.

En los mismos días en que Humboldt permaneció en Quito, se hallaban también en esta ciudad dos ilustres hombres de ciencia, Bompland y Caldas, y con Humboldt vivieron juntos en Chillos, y juntos subieron al Antizana. Humboldt hizo dos viajes al cráter del Pichincha, acompañado de Bompland y de don Carlos Montúfar, hijo del Marqués. Subió Humboldt al Illiniza, al Cotopaxi y al Chimborazo.

De Quito se dirigió a las provincias del Sur: visitó Riobamba, Cuenca, Guayaquil y Loja, donde hizo las observaciones de las quinas.

Al lado de la influencia científica europea, se desarrollaba también el fermento revolucionario emancipador. La casa solariega de los Montúfar, albergue generoso de los sabios, era también el cenáculo de los hombres prominentes de Quito, en el que se discutía el plan político libertario.

Ya no existía Espejo, el promotor de la conspiración y que supo despertar entusiasmo en el núcleo aristocrático

criollo, pero la causa de la independencia vivía por su espíritu, que mantuvo encendido el fuego sagrado en el hogar de los Montúfar, al que concurrían el obispo Cuero y Cacedo, Morales, Quiroga, Larrea, Rodríguez, autor de la Constitución del Estado de Quito de 1812, Mejía, Ante, en fin, el núcleo de mayor cultura y ardor político que fraguó y se sacrificó por la independencia.

En esta época se concatena en forma sorprendente la relación política de los gestores de la lucha por la libertad continental americana, pues en el cenáculo de Chillos, intimaron su amistad Caldas y Mejía por sus afinidades científicas; Mejía y Olmedo concurren como diputados a las Cortes de Cádiz, en cuyos anales ha quedado la elocuente defensa del primero por la libertad de América, y la admonición del segundo por la esclavitud de los indios, en la organización de las mitas por cuya abolición clamó. Caldas murió en el cadalso por su adhesión a la República; Mejía falleció en España en el cumplimiento de sus deberes patrióticos, y Olmedo llegó a presidir la Revolución del 9 de Octubre de 1820 en Guayaquil.

Afirmase que cuando Bolívar se entrevistó en París con Humboldt, y le interrogaba acerca de su opinión por la libertad de las colonias de España, pues conocía el estado de su cultura política, respondió: "Creo que la fruta está madura, pero no veo al hombre capaz de realizar tamaña empresa". No sospechaba Humboldt que estaba estrechando la mano del hombre providencial de la libertad de América.

La aurora del siglo XIX trajo al Nuevo Mundo el mensaje de su libertad. La época anterior no era propicia para la literatura y la escasa producción es de carácter revolucionario, en forma de panfleto anónimo, de copla satírica, de frase lapidaria o de humorismo callejero.

II

NUESTROS POETAS Y ESCRITORES

El siglo XIX caracterizado en la historia de América por la culminación de la independencia política del coloniaje español, se peculiariza también por la producción literaria fecunda, como que la conquista de la libertad está condicionada con la superación literaria y artística.

En el Ecuador, en los días finales de la independencia y primeros de la República, aparecen tres grandes figuras en la escena de la vida literaria: Olmedo, Rocafuerte y el Padre Solano, el poeta épico, el orador y el periodista panfletario. La expresión de los tres géneros literarios que habían de tener después una intensa repercusión en el ámbito nacional.

Olmedo cantó a la libertad, en la epopeya insuperada de su "Canto a Junín", que se ha calificado por la crítica, como el canto épico de la independencia de América, y no sólo de un sector de ella, pues de otros ensayos análogos, en otras latitudes literarias, se ha desvanecido su recuerdo, y sólo la voz de Olmedo sigue indeclinable con el prestigio de sus primeros tiempos. Pero no tuvo igual fortuna en su "Canto de Miñarica", por referirse a la tragedia de una guerra civil en la que no debió triunfar el militarismo del General Flores, a quien está dedicada, sino el sentimiento nacionalista que auspició inicialmente Rocafuerte, y que al fin culminó en la Revolución del 6 de marzo de 1845.

Olmedo se asemeja a los poetas antiguos, creadores de naciones y cantores de sus propias hazañas. Olmedo actuó

en la independencia de Guayaquil y en la organización de la República, fué jefe civil y altísimo poeta, y por esta causa no tuvo la paz espiritual que necesitaba para aumentar su caudal literario, que propiamente quedó circunscrito a la epopeya de Junín, pues su restante producción literaria es de menores kilates.

Luego, a mediados del siglo XIX, dos grandes paladines, así mismo, literatos y políticos, cruzan sus espadas en desigual batalla, don Gabriel García Moreno y don Juan Montalvo. Y estos dos nombres llenan todo un período histórico de la vida civil y literaria del Ecuador.

Queda dicho en un capítulo anterior que García Moreno es la figura pródica de la República en su calidad de estadista, y que si bien fué grande el impulso que dió al progreso del país, fué asimismo grande la pasión que puso en el desenvolvimiento de su programa de acción y en el criterio católico unilateral de su gobierno, pues más que conservador, fué un fanático que llegó a producir un cisma religioso en un país de cristianos. Y frente a esta interpretación del gobierno político garciano, apareció Montalvo, armado caballero de la pluma invencible, ante el gobierno autoritario de García Moreno, como después fustigó también la administración política truhanesca del militarismo del General Veintimilla. Montalvo fué opuesto a toda sombra de dictadura, buena o mala. "El Cosmopolita" y "Las Catilinarias" han inmortalizado esta época administrativa.

Mas, si Montalvo actuó en política, obligado por las circunstancias, como escritor su obra sustancial literaria es la del estilista, del escritor del siglo de oro de la literatura hispanoamericana, y ha escrito sus libros inmortales: "Los Siete Tratados" y "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes" y otros libros y ensayos, que atestiguan la más alta valía de Montalvo en la literatura ecuatoriana y americana.

Apaciguada la lucha política candente de la era garciana, y restaurada la libertad republicana con el derrocamiento de Veintimilla, que osó proclamarse dictador, aparece con la Restauración de las libertades cívicas la floración romántica ecuatoriana y sobresalen los poetas: Numa Pompilio Llona, Dolores Veintimilla de Galindo, Juan León Mera, Juan Abel Echeverría, Quintiliano Sánchez, Remigio Crespo Toral, Honorato Vásquez, Miguel Moreno, Alfredo

Baquerizo Moreno, para nombrar solamente a los autores de libros publicados, pues la producción de autores mencionados en las antologías, suman un número mayor.

La crítica literaria ecuatoriana ha anotado el caso espectacular, relativo a que tras esta floración romántica, aparece nuevamente la producción de la escuela clásica, especialmente como traductores de las obras griegas y latinas. A esta época de fines del siglo XIX, tan fecunda en escritores, pertenecen Pablo Herrera, Pedro Fermín Cevallos y Federico González Suárez, historiadores; Juan León Mera, Modesto Espinosa, Honorato Vásquez y Francisco Campos, historiógrafos y críticos.

Y pasamos a la generación del 1900, o sea a las dos primeras décadas del siglo XX, a las que pertenecen Nicolás Jiménez, Carlos Tobar y Borgoño, Luis F. Borja, Agustín Cueva, Gonzalo Zaldumbide, Eudófilo Álvarez, Manuel María Sánchez, José Rafael Bustamante, Belisario Quevedo, Isaac Barrera, José María Velasco Ibarra, Homero Viteri Lafrente, Cristóbal Gangotena, César F. Arroyo y Alejandro Andrade Coello.

De este grupo han destacado particularmente Gonzalo Zaldumbide y Nicolás Jiménez, ambos críticos literarios de muy alto valor.

El primero realizó la obra crítica de tres autores de renombre universal: Barbusse, D'Annunzio y Rodó, estudios enjundiosos que le valieron el renombre alcanzado en los cenáculos literarios de América y de Europa. Asimismo sus investigaciones históricas y literarias sobre las obras de los Padres Villarroel y Aguirre, de la época colonial, ha revelado la extensión de su cultura en la literatura colonial.

Nicolás Jiménez, cuya vasta ilustración clásica le capacitó para la crítica literaria fundamental, tiene en su libro "Biografía y Crítica" y en varios estudios notables no coleccionados, muestras del valor de su erudición, del castisismo de su estilo, y de la obra grande que habría producido si hubiese tenido el apoyo y la comprensión oportuna para que llegara a realizar, si no la crítica histórica del Ecuador, otras obras del valor de su biografía de González Suárez.

La generación literaria de la nueva escuela del 1920 a 1940, con desarrollarse en tan corto plazo es numerosa y fecundísima.

Sin pretender un límite de tiempo fijo para el desenvolvimiento literario de los grupos de poetas y escritores que aparecen en el primer siglo de la vida republicana, y en la dificultad de una ubicación en el tiempo y en el espacio literario; sin aceptar la clasificación de escuelas, ni la actuación en torno de un cenáculo literario o de una revista, pues excluye a los que no han pertenecido a estos núcleos, es preciso agrupar por épocas la actuación literaria en la vida del país.

Así, en la generación literaria posterior a la llamada del Novecientos, se desenvuelve una etapa singular que se ha llamado simbolista, sin embargo de que tiene resabios románticos evidentes, y la representan Arturo Borja, Ernesto Noboa Caamaño y Ernesto Fierro, y al lado de éstos, sin formar grupo, aparecen César Arroyo, Medardo Angel Silva, Wenceslao Pareja, José María Egas, Benjamín Carrión y Remigio Romero y Cordero.

La publicación de los cuadernos poéticos de Borja, Noboa y Fierro, fue un acontecimiento literario, por significar la rebelión ante la tradición clásica y romántica, que aún supervivía en el ambiente de los cenáculos literarios de 1920, año de la publicación de "La Flauta de Onix", de Borja, al que siguieron "El laúd en el Valle", de Fierro, y "La Romanza de las Horas", de Noboa. En esta misma época aparece Medardo Angel Silva.

Posteriormente al aparecimiento del grupo simbolista se presenta una legión de poetas y escritores de avanzada revolucionaria en el ambiente literario del país.

Dejando para un capítulo separado la novela, por exigirle así el número, la calidad y las modalidades ecuatorianas de este género, se puede enumerar en este grupo a los siguientes autores: Benjamín Carrión, Jorge Carrera Andrade, Remigio Romero y Cordero, Aurelio Espinosa Pólit, Alfonso y José Rumazo González, Abel Romeo Castillo, Jorge Reyes, Manuel Agustín Aguirre, Ignacio Lasso, José Alfredo Llerena, Augusto Sacotto Arias, Alejandro Carrión, Jorge Vera, Carlos Manuel Espinosa, Humberto Vacas, que han publicado sus libros.

Para enjuiciar debidamente el valor de los elementos destacados de este grupo de escritores y poetas, debería acudirse a la crítica literaria realizada en el país, desde diversos puntos de vista. Pero, si es verdad que se ha ensayado

la crítica literaria en función con la producción literaria, no tenemos aún la obra medular e íntegra de este género, pues sólo en estos días se han publicado los dos primeros tomos de la historia de la literatura del Ecuador en los siglos XVI, XVII y XVIII, por don Isaac J. Barrera, y este aporte será el precedente de la obra sobre crítica literaria, de la que hoy sólo se encuentran capítulos fragmentarios suscritos por Remigio Crespo Toral, Nicolás Jiménez, Augusto Arias, Jorge Carrera Andrade, Benjamín Carrión, Aurelio Espinosa Pólit, Vicente Mora Moreno y Angel F. Rojas.

En un estudio crítico del Sr. Crespo Toral sólo han sido mencionados, con un comentario particular: Olmedo, Solano, Rocafuerte, Juan León Mera, González Suárez, Numa Pompilio Llona, Luis Cordero, Pablo Herrera, José Modesto Espinosa, Luis Felipe Borja, el Hermano Miguel, Abelardo Moncayo, Francisco Campos, Antonio Flores Jijón, Carlos R. Tobar, Miguel Moreno, Luis Martínez, Manuel J. Calle, Arturo Borja, Medardo Angel Silva y Noboa Camaño.

A los anteriores agrega Nicolás Jiménez: Alfredo Baquerizo Moreno, Honorato Vásquez, César Borja y Mercedes González.

Benjamín Carrión, en un análisis crítico se refiere especialmente a Jorge Reyes y sus libros "Treinta Poemas de mi Tierra" y "Quito, Arrabal del Cielo"; a la obra "Los que se van" y a sus autores Aguilera Malta, Gallegos Lara y Gil Gilbert; a Jorge Icaza y su novela "Huasipungo"; a Fernando Chávez y su libro "Plata y Bronce"; y a "Galope de Volcanes", de G. Humberto Mata.

Labor ardua, en verdad, la de poder discriminar varias literarias en una producción extraordinariamente rica, ya no sólo en las muestras fragmentarias de las antologías, tan benévolas siempre, sino en el estudio de los libros que permiten el examen con mayor hondura.

III

LOS NOVELISTAS

Es tal el desarrollo que ha tenido el cultivo de la novela en estos últimos años, después de haber sido el género pospuesto, que es necesario tratar esta materia separadamente.

En 1871 aparece "Cumandá", la novela de don Juan León Mera, de la escuela romántica, y tiene su progenie en Atala y René, de Chateaubriand y en toda la literatura de esta época.

"Nanjikujima" es un ensayo de novela también de ambiente oriental-amazónico, al igual de "Cumandá", con personajes jíbaros de mayor autenticidad que los creados por la fantasía del Sr. Mera, pero sólo podría clasificársela como un relato de exploración novelada de la que el autor es uno de los personajes.

Más auténtica en el argumento, que las anteriores, es la novela denominada "Etza", de don Alejandro Ojeda, excesiva en los detalles de la vida de las tribus salvajes de la montaña, pero con personajes reales.

Estas tres novelas de ambiente marañónico se complementan, y demuestran por contraste, el realismo de las mismas.

La novela de don Quintiliano Sánchez, "Amar con desobediencia"; "El señor Penco", del Dr. Alfredo Baquerizo Moreno; "Relación de un Veterano", del Dr. Carlos R. Tobar; "Carlota", de Manuel J. Calle y "El Último Hidal-

go", de Nicolás Augusto Martínez, son novelas de costumbres, en relatos sencillos.

Es con la novela "A la Costa", de don Luis Martínez, cuando se inicia la verdadera novela de ambiente y de intención social. Es la tragedia del peón emigrante de la serranía, atraído por un salario relativamente alto, a la costa, el tema de la obra, de fina concepción artística y plasmada en la realidad, que la vivió el autor.

Después, en el novecientos, aparecen dos novelas que salvan el largo abandono de este género literario. "Por matar el gusano", de don José Rafael Bustamante y "Egloga Trágica", de don Gonzalo Zaldumbide. Dada la calidad de estos escritores, las novelas tienen interés, como pintura de los paisajes quiteños, la primera, y como descripción de la maravillosa naturaleza imbabureña, la segunda, que no es obra acabada, sino sólo un esbozo, como el de una estatua griega mutilada.

"El Desencanto de Miguel García", de Benjamín Carrión y "Plata y Bronce", de Fernando Chávez, ensayan también el género con buena fortuna.

En el ambiente literario de Guayaquil, centro de la cultura del litoral ecuatoriano, habrían quedado solas las novelas de Martínez y Baquerizo Moreno, si un grupo de la generación novísima del año "Veinte", no irrumpe, independiente, en grupo cerrado de cinco, "como un puño", y expone nuevos carteles murales de relatos montubios y luego publica novelas estructuradas. Y estos nuevos paladines se llaman José de la Cuadra, el relatista insuperable de la vida y milagros del montubio y del ambiente tropical. "Los Sangurimas", "Horno", "Guasington", se llaman sus primeros cuadernos realistas, y luego "El Montubio Ecuatoriano" es la exposición de la teoría estética.

Demetrio Aguilera, autor de "Don Goyo" y "La Isla Virgen", además de otros libros, como "Canale Zone", dedicado a los negros de Calidonia; Alfredo Pareja, autor de "Baldomera" y "La Hoguera Bárbara", que ha editado en México; Enrique Gil Gilbert, tiene publicado "Yunga", y "Nuestro Pan", que fué premiada en un concurso interamericano; y Joaquín Gallegos Lara publicó, en asocio de Aguilera Malta y Gil Gilbert "Los que se van", libro de relatos del cholo y del montubio de la costa. Y en los días en que reviso esta reseña de nuestra literatura, aparece "Argonau-

tas de la Selva" de Leopoldo Benites, que constituye una gran revelación del relato épico.

A estos cinco guayaquileños se halla identificado literalmente Angel F. Rojas, autor de "Banca", relato de la vida provinciana, de fina riqueza pictórica, al igual de "El Idilio Bobo", su última producción.

La presencia del "Grupo de Guayaquil", como se le llama, ha respondido ampliamente a su programa, y ha introducido en la gama étnica de la novela indigenista, dos personajes no descritos: el montubio y el cholo, modalidades del mestizo y del indio de la costa. Y acerca del negro esmeraldeño ha publicado Adalberto Ortiz "Juyungo", novela original de esta raza.

La novela del grupo novísimo guayaquileño, tiene en la sierra su equivalente y coetáneo, y estos novelistas se llaman: Jorge Icaza, autor de "Huasipungo" y otras novelas; Jorge Fernández apareció con "Antonio ha sido una Hipérbola" y sobre todo con "Agua", evocación de la tragedia de las tierras de sécano en la cordillera. Humberto Salvador, el más prolífico de los novelistas serranos, ha publicado "Camarada", "Los Trabajadores" y varias otras. Y en Cuenca es G. Humberto Mata, autor de "Sanagüin" y otras novelas de tema social.

Sólo he intentado la enumeración de los novelistas, pues su crítica exigiría un detenido estudio.

Resumiendo el movimiento literario del Ecuador en el siglo XIX y parte del actual, sin intentar el encasillamiento por géneros y escuelas, los poetas y escritores que han publicado sus obras, que la crítica ha reconocido de valor, son: Olmedo, Montalvo, Crespo Toral; —González Suárez, Luis Felipe Borja, Jacinto Jijón y Caamaño; —José Peralta, Abelardo Moncayo, Manuel J. Calle (periodista); —Gonzalo Zaldumbide, Nicolás Jiménez, Benjamín Carrión, P. Espinosa Pólit; —Juan León Mera, Alfredo Baquerizo Moreno, Luis Martínez; —Borja, Noboa y Fierro; —Augusto Arias, Jorge Reyes, Jorge Carrera Andrade, Remigio Romero Cordero; —Manuel Agustín Aguirre, Alejandro Carrión, Pedro Vera; —José de la Cuadra, Demetrio Aguilera Malta, Angel F. Rojas; —Jorge Icaza, Jorge Fernández, Gil Gilbert, Humberto Salvador, Demetrio Aguilera Malta, Alfredo Pareja, Leopoldo Benites Vinuesa.

¿Que no están todos los que son ni son todos los que están? Posible. Pues sólo se trata de una enumeración para la estimación por la crítica, de la obra publicada, literaria o científica.

Y ante el espectáculo de esta producción literaria excepcional, ha preguntado el Padre Espinosa Pólit, en una conferencia acerca de "Los Clásicos y la literatura ecuatoriana", ¿qué impresión produce la literatura ecuatoriana, abarcada con criterio de imparcialidad y amor, en una percepción de serena ecuanimidad? Y responde con estas cuatro palabras: "Gran riqueza, imperfectamente explotada".

Y las justifica así: "Si el número y brillantez de grandes ingenios en el Ecuador, abarca incuestionablemente nuestra capacidad como raza, si el forzado autodidactismo de estos ingenios no ha impedido, pero sí ciertamente ha menguado su rendimiento; si por tanto la necesidad máxima para el florecimiento siempre creciente de nuestras glorias literarias es el de una educación apta que despierte, encauce y vigorice los talentos; si en este punto las humanidades clásicas tuvieron virtud y la mostraron, dotando a la patria de una pléyade de escritores que hasta hoy son su timbre de gloria; si la supresión de las humanidades —sin matar por cierto la nativa fecundidad de nuestro suelo— ha sin embargo desvirtuado la riqueza de la producción anterior, introduciendo un clamoroso desorden y confusión en el avance concertado de nuestras letras nacionales, qué consecuencia lógica hemos de sacar, sino que los viejos estudios de humanidades, los clásicos, sí los clásicos seculares, tan antiguos y tan nuevos, todavía tienen algo que dar en favor de la regeneración de la cultura ecuatoriana, de su educación descentrada, de sus letras ya tan gloriosas, pero que lo pudieron ser inmensamente más?"

La clásica discusión acerca de la importancia de la enseñanza del latín y griego en los colegios y universidades, para el estudio provechoso de los clásicos en los textos originales, resonó una vez más en la Universidad de Quito, como una sugerencia para superar la riqueza literaria del Ecuador.

A esta sugerencia del Padre Espinosa Pólit se ha observado que, aceptando en principio la excelencia del cultivo de los clásicos en su propio idioma y la necesidad de resucitar las humanidades, sólo habría que hacer un reparo no

sustancial, relativo a la afirmación de que sin la enseñanza de los clásicos, la producción literaria degenera, y que en el Ecuador, son los latinistas, que no es lo mismo que classicistas, "la pléyade de escritores que hasta hoy son su mayor timbre de gloria". Esta afirmación no demostrada concretamente, coloca en posición subalterna a la otra pléyade de poetas y escritores no militantes ostensiblemente en el classicismo latinizante, y que sin embargo no se ha podido excluir de la enunciación de los valores literarios del país, aunque sea en el plano de la consabida exuberancia de nuestro ambiente intelectual. Pues si se aceptase esta reserva sobre el classicismo, cuya importancia es indiscutible, así como la de los obligados autodidactas, por el defecto de nuestros sistemas educacionales, quedaría desvirtuada toda la época de la producción literaria que no gozó de la edad de oro del humanismo latinista.

Este reparo, sin intención polémica, sirvió también para declarar, que en la época liberal, sí se ha creado en la Universidad las cátedras de latín y griego, pero sin pretender que este hecho altere el ritmo, por sí mismo, en alguna forma, de la cultura nacional.

Porque el movimiento literario universal llamado romanticismo, significó, precisamente, la reacción contra el estancamiento que la imitación de los clásicos ocasionó, anquilosando el fondo y la forma de la producción literaria, como lo ha comprobado y lo testifican los escritores y poetas latinizantes de nuestra antología, en la época colonial.

Refiriéndose a este propósito, el Dr. Crespo Toral, a la mediocridad de la obra sustancial de don Juan León Mera, dijo: "La Ojeada" carece de amenidad e interés por tratarse de crítica y clínica generalmente infelices de patología poética".

El gongorismo no fué sino la contrapartida que alambicó, contorsionó la frase que el latinismo había estratificado, como el romanticismo la reacción contra lo clásico, así en la literatura como en el arte plástico.

Y el romanticismo, es innegable, fué una contribución valiosa y extensa al desarrollo de la cultura universal. De Europa trascendió a América y ha saturado toda la producción emotiva, hasta producir una nueva reacción simbolista o modernista en la literatura, y el realismo y el impresionismo en la pintura, equivalentes en el tiempo al gongo-

rismo y al barroquismo españoles, que se encuentran en la producción intelectual y artística colonial de América, de tan grande interés estético, sin embargo de constituir una actitud revolucionaria hacia lo clásico, al que vuelven a converger los nuevos estilos. Es la acción y la reacción vital que penetra la obra humana para su perfeccionamiento, que puede alcanzarse en todas las escuelas convencionales, pues realmente, como se ha repetido, no hay escuelas, sino poetas y artistas, y la retórica no es sino un método pedagógico.

En el clasicismo o fuera de él, hipótesis imposible, pues la línea clásica, por la eternidad de su expresión, aparece siempre en todas las escuelas, se producirá la obra artística resultante de la emoción humana en el dolor, en el sentimiento religioso, en la contemplación de la naturaleza. El amor y la belleza serán interpretadas y expresadas no por determinados preceptos clásicos, sino por la intensidad espiritual alcanzada, y en la forma literaria y artística que corresponda a la evolución del pensamiento y del idioma.

El hombre es la medida de todas las cosas, afirmaron los filósofos de la antigüedad, con sentido esotérico; y en el hombre, en las condiciones psicológicas en las que reacciona, en el ambiente, se encontrará siempre explicado el proceso histórico de la literatura y del arte en general.

En Iberoamérica, el simbolismo de 1920, algo retrasado, fué una de las consecuencias patológicas literarias de la post-guerra; como el aparecimiento de la literatura de tendencia marxista fué el presagio de las grandes guerras. El romanticismo, expresión individualista, neoclasicista, dió paso al realismo y al impresionismo, para llegar en el arte plástico hasta el cubismo y otras modalidades ultrarrealistas, que han producido la reacción clasicista, ante la anarquía que amenazaba a la plástica. Lo mismo en la literatura. Rubén Darío que fué en un momento el revolucionario del ritmo, hoy ya es un clásico de la literatura contemporánea.

El patrimonio literario del Ecuador del siglo XIX y parte del XX, es rico en verdad, y la aventura del romanticismo y el simbolismo, para llamarle de alguna manera a la posición intelectual revolucionaria, ha enriquecido con nuevos valores nuestro crédito literario, al margen del clasicismo. El brote ubérrimo de la novela indigenista o de in-

tención social en general, es la mejor muestra de superación, pues la novela clásica nuestra, era una obra muerta. Pero la nueva novela todavía no es sino un buen ensayo, y tiene que depurar la descripción y el lenguaje barrocos. Lo que significa una coincidencia de opinión en el fondo, con la sustentada por el Padre Espinosa Pólit, de vasta ilustración erudita y de espíritu abierto a la comprensión y al impulso que la cultura literaria del Ecuador necesita, sobre todo, por su dispersión; y esa coincidencia reclama una buena dosis de clasicismo, pero sin creer que esta dosis sea tan absoluta en su aplicación, que sin ella no pueda producirse ni enriquecerse el patrimonio literario ecuatoriano y del mundo culto.

IV

QUITO MONUMENTAL

Es la sorpresa constante de los visitantes cultos, y aún del turismo internacional, encontrar en Quito, capital de la República del Ecuador, los majestuosos templos católicos construídos en la época colonial. Existen también en México, Cuzco, La Paz y Bogotá templos de igual arquitectura, más el conjunto de los de Quito, es singular, por su número y las particularidades artísticas de su construcción, según lo han declarado autoridades en esta materia.

"Al venir desde la Argentina, dice el gran pintor italiano Aristides Sartorio, Comisario de Arte de la Real Nave "Italia", que visitó el Ecuador en 1924, en sus observaciones sobre el arte quiteño y sus monumentos, al venir desde la Argentina, afirma, tocando las costas de la República de Chile y el Perú, en el Pacífico, y viajando por el interior del Perú, de Bolivia y del Ecuador hasta llegar a Quito, me he convencido de la existencia de un arte americano y he sorprendido tradiciones no sospechadas de los tiempos prehistóricos y los modernos, tradiciones que en el porvenir imprimirán en dicho arte caracteres precisos. Y si a primera vista, observando aquí y allá, aparece este arte confuso y fabuloso; después de visitar los monumentos de Quito, se manifiesta determinado en todas sus faces, y aún en la contribución indígena, lógicamente desenvuelta".

"Esta escultura en la cual los indios convertidos, como Caspicara y José Díaz manifestaron aptitudes de verdade-

ros y grandes artistas, tuvo su centro de expansión en Quito, continúa Sartorio, y a los estudiosos americanos incumbe, no sólo un largo trabajo de investigación y de clasificación, sino también de su examen estilístico. En las costas del mar Indico se desarrolló también una desconocida decoración plástica, cuyos monumentos, desde Siam hasta Java han sido recientemente revelados a la admiración, y se ignoraba que muchísimo del arte decorativo del archipiélago indico, se ha infiltrado en las iglesias de América. Los franciscanos, que enviaban sus misiones hasta el salvaje Japón, donde eran salvajemente martirizadas, importaban a la América artífices convertidos, y con la misma maravilla con que hoy, en la plástica incaica, hallamos documentos patentes del origen mongol, encontramos también en las iglesias de Quito, de Lima, de La Paz, molduras arquitectónicas, cátedras, púlpitos, absolutamente de estilo asiático, venidos del Lejano Oriente. De tal manera que si en las figuras de San Antonio, de San Francisco, Santa Rosa, Santo Domingo, San Francisco Solano se sustituyen las figuras de Brahma, Siva, Budha, éstas se encontrarían en un ambiente perfectamente familiar".

Persuadido de la verdad de su tesis, ha establecido Sartorio las bases del desarrollo artístico en la América Española, señalando la arquitectura como su fundamento, en cinco períodos: 1º el italianizante de los conventos de San Francisco, Santo Domingo y de los edificios civiles del Cuzco; 2º el período herreriano de San Francisco de Quito y de sus copias sucesivas en San Agustín y en la capilla del Sagrario; 3º el período neoflamenco del interior del convento de San Francisco de Quito y del claustro de La Merced en el Cuzco; 4º el período de las decoraciones interiores talladas en madera, altares monumentales, púlpitos y nichos, con elementos indios y asiáticos, y la sucesiva irrupción en las fachadas del Cuzco y de Lima del estilo churriguerezco y plateresco; y 5º invasión del andaluz del siglo XVIII en las iglesias y palacios de toda la América.

Esta es la guía artística que hoy se tiene para ir descifrando el desarrollo artístico colonial, que ha dejado monumentos que asombran por su belleza y por haber sido construídos con tanta magnitud y costo, en una época tan precaria en población y riqueza.

Por la información de Sartorio puede establecerse que la iglesia de San Francisco de Quito está ligada, indirectamente, con el renacimiento italiano, pues se comenzó este edificio en 1535 y se concluyó en pleno desarrollo de la arquitectura neoclásica que limitó el barroco, pero que se halla en todo su esplendor en la fachada del templo de la Compañía de Jesús, de Quito.

Afirma Sartorio que el estilo arquitectónico de la fachada de San Francisco de Quito pertenece al herreriano, o sea al introducido por el arquitecto español Juan Herrera, al construir el Escorial. Y añade que la influencia que hay del renacimiento en el estilo herreriano, es innegable.

Pero reconoce que en los claustros de Santo Domingo, La Merced y el Tejar, "se observa un movimiento arquitectónico nuevo, en el intercolumnio alternado con arcos de mayor tensión a la manera árabe, movimiento que da color a estos edificios, semejantes a las residencias musulmanas de la India".

El coro de la iglesia de San Francisco de Quito, de arte mudéjar, la cúpula de la misma iglesia en madera, es morisca y moriscas también las bóvedas de la nave transversal. El techo de estuco de la iglesia de La Merced, como el de la iglesia de la Compañía de Jesús, en Quito, con ornamentaciones geométricas doradas, es decoración morisca.

"Pero de todas las obras neorientales, dice Sartorio, produce impresión inolvidable el crucero de San Francisco, en donde los arcos centrales, agudos como los de las mezquitas, se elevan de un grupo de nichos del renacimiento flamenco, mientras a la derecha e izquierda, los altares laterales, inmensos altares de madera dorada, indochinos en las cornizas de los cimacios arrojan sus coronamientos hacia las bóvedas completamente cubiertas de tallados mudéjares".

"Sobre un cuadro pintado por Antonio Astudillo y expuesto en la portería del convento de San Francisco se halla representado Fray Jodoco Ricke en el acto de bautizar a los primeros indios convertidos, y a sus pies se ve un cantarillo esmaltado. En aquella vasija Fray Jodoco Ricke condujo a América los primeros granos de trigo que plantó y cultivó en el Ecuador, y sobre ese vaso, hoy emigrado a un museo de Nueva York, Humboldt leyó esta inscripción en viejo flamenco: "Cuando comas, cuando bebas, acuérdate de Dios".

"El arte del renacimiento introducido por Fray Jodoco Ricke a Quito fructificó como el grano de trigo, y fructificó para toda la América Latina: Quito debe reclamar la prioridad", arguye Sartorio.

"Escribiendo este exhorto, añade, me permito una comparación y un consejo: que no suceda con esta preciosa herencia lo que con el ánfora de trigo".

"La ciudad de Quito es un joyero precioso, finaliza el informe de Sartorio, y germen espiritual, testigo de los lazos que unen al Ecuador con la latinidad reciente. Quito, sin arte gótico, que nació para el futuro, no se deje defraudar jamás por la presionante modernidad y conserve para el porvenir puro de la América Latina la forma y el alma con la cual nació".

De la densa literatura que se está forjando en torno del arte colonial quiteño, he preferido reproducir los datos precisos del informe oficial de Sartorio, por proceder de un crítico de su categoría y porque esta forma sumaria cabe en las proporciones de esta biografía.

Pero es preciso comentar la comparación y el consejo de Sartorio, entre lo sucedido con el precioso vaso de Fray Jodoco Ricke, ya emigrado del Ecuador, y la conservación obligada de su patrimonio artístico.

Concluido el primer período colonial por el hecho de la independencia política, la modernización de la América Latina pospuso el arte colonial hasta menospreciarlo.

En la segunda mitad del siglo XIX, pocas familias de origen español guardaron con afecto las obras escultóricas y pictóricas del arte colonial, y en los conventos no fué menor el menosprecio. Y éste fué explotado por los coleccionistas extranjeros del mercado internacional. Y llegó a tal punto la incomprensión, que los dominicanos del Cuzco, según afirma Sartorio, deseosos de renovar el aspecto de la iglesia secular, "alimentaron los hornos y las cocinas con los revestimientos sagrados arrancados de su lugar de origen".

El viajero francés conocido, Alcides de Orbigny, confesó en sus relatos, que después del saqueo que del arte colonial hizo en Quito, ya nada importante quedaba del tesoro artístico.

Después, en la República, el saqueo no ha cesado, y el mal habría sido menor, si esos objetos hubiesen ido a parar en Museos de la categoría del de Nueva York, identificados como del arte quiteño. Pues, gracias a la custodia de los franciscanos, en primer término, y al de los demás conventos, existe aún, se puede afirmar, un rico Museo de arte colonial quiteño, con las muestras de las mejores esculturas y pinturas de sus más ilustres artistas.

Y puede decirse, sin exageración, que el tesoro artístico de Quito es monumental.

V

LA ESCUELA QUITENA DE PINTURA Y ESCULTURA

Se conserva esta designación "Escuela Quiteña", relacionada con el arte plástico, no para significar un estilo singular artístico, ni para ubicar en la ciudad de Quito la aptitud para la pintura y escultura, sino para conservar la tradición de un prestigio artístico colonial, tan caro al sentimiento estético ecuatoriano de hoy, y al prestigio de Quito, nombre gentilicio entonces de la nacionalidad, y nombradía también de la escultura y pintura quiteña, que era reclamada desde las más lejanas ciudades de América.

En los mismos días en que Sebastián de Benalcázar repartía los solares para la fundación española de la ciudad de Quito, Fray Jodoco Ricke y sus compañeros de la Orden de San Francisco, Pedro Gosseal y Pedro Rodeñas, recibían para la fundación de su convento, los solares contiguos a los que habían poseído los capitanes de Huainacápac.

Poco tiempo después funcionaba en el convento franciscano el Colegio de Artes y Oficios de San Andrés, y el marqués Francisco Pizarro contribuyó, según se afirma, con cuantiosas limosnas para la construcción de la Iglesia. En las clases del colegio se enseñaba a los hijos de los conquistadores, y a su lado, a los indígenas, los oficios necesarios como albañiles, carpinteros, y se les ejercitaba también en el canto y la pintura.

Ya más avanzado el período colonial, el escultor español Diego de Robles, recibía alumnos en su **obrador**.

Así es que, puede afirmarse que desde la fundación de la ciudad de Quito, en el siglo XVI, y en los siguientes XVII y XVIII, la escuela quiteña de pintura y escultura inicia su larga historia.

De los compañeros de Fray Jodoco Ricke en la fundación del convento franciscano de Quito, el Padre Gosseal, está comprobado, fué pintor y nativo de Flandes. Y fueron también pintores, en esa misma época, en Quito, el dominicano Pedro Bedón y el hermano Hernando de la Cruz, lego de la Compañía de Jesús.

Del taller de Diego de Robles, con su "Encarnador" Luis de Ribera, y del taller del Padre Carlos, otro fraile artista, y de los buenos, salen los más afamados escultores: Manuel Olmos, llamado también "Pampite"; Manuel Chili, conocido en el mundo del arte con su sobrenombre quichua "Caspicara"; Bernardo de Legarda, Manuel Salas, Gaspar Sangurima, al que llamaban "El Lluqui". Por sus nombres y sus sobrenombres se comprende que Pampite, Caspicara y el Lluqui, pertenecían a la más pura raza india.

El Dr. Gabriel Navarro, que ha escrito importantes libros sobre la "Historia del Arte en el Ecuador", dedica un capítulo a los escultores Caspicara y el Padre Carlos, y dice:

"Por esta misma época descollaba en Quito el indio Manuel Chili, llamado "Caspicara". Hombre de raro talento, se formó en uno de los tantos obradores de escultura que había en la ciudad (de Quito) en aquella época, y llegó a poseer el arte de una manera asombrosa. Sus obras son de acabada perfección, y no se sabe qué admirar más en ellas, si la idea feliz de la composición o la magistral manera en la ejecución, si la gracia elegante de la línea o el preciosismo magnífico de la masa; si la meticolosa interpretación de los drapeados de sus estatuas o la justeza de las formas anatómicas de sus admirables crucifijos. El Padre Carlos y Caspicara son los príncipes de la escultura colonial americana. Descendiente directo de la escuela española, de talla polícroma, no trabajó sino obras religiosas, llenas de profundo sentimiento y, por lo tanto, marcadas con el elegante barroquismo del siglo XVIII.

Es de notar, eso sí, que Caspicara, a imitación de los escultores castellanos de los siglos XVII y XVIII, hizo de la emoción y el sentimiento el culto de su arte. No hay una sola imagen de este indio famoso que no lleve en sí más que

la precisión de las formas, la sinceridad verdadera de las más intensas emociones".

Contemporáneo del Padre Carlos fué Olmos, que firmaba sus obras con el nombre de **Pampite**.

Además de los anteriores, son también escultores de la misma época: Bernardo Legarda, Francisco Tipán y Juan Menocho, de apellido indígena los dos últimos.

Por lo que toca a la pintura de la época colonial, los artistas sobresalientes, discípulos de los Padres Cosseal, Bedón y Hernando de la Cruz, se llaman: Miguel de Santiago, Nicolás Javier Gorívar, Miguel Samaniego, Antonio Astudillo, Juan Illescas, Isabel, hija de Miguel de Santiago, y su esposo Antonio Egas, Simón Valenzuela, Magdalena Dávalos, elogiada como artista por La Condamine, y algunos más.

La crítica, propiamente dicha, de la escuela quiteña de pintura está en el proceso de su expresión concreta; y de su historia tenemos la obra del Dr. Gabriel Navarro, particularmente acerca de la escultura y arquitectura coloniales. El Padre José María Vargas ha publicado un libro sobre el "Arte Colonial Quiteño" de indudable importancia. Falta aún el libro sustancial, que ojalá sea el que en estos días está escribiendo el Profesor argentino Angel Guido, pues con el material enunciado, y el publicado por el Padre D. Gento Saenz, sólo se satisface las urgencias informativas del turismo, pero no el juicio crítico, a la manera de Giulio Aristide Sartorio, que nos dejó una muestra de lo que ha de entenderse por crítica de arte, en su Carta dirigida al Ministerio de Relaciones Exteriores del Ecuador, con motivo de su visita a Quito, en 1922. Son una promesa, en este género, los ensayos de José Alfredo Llerena y de Humberto Vacas Gómez, publicados en las páginas dedicadas al arte, en algunos diarios.

Sin embargo, la opinión ha consagrado unánimemente, como el más insigne pintor colonial, a Miguel de Santiago, y en igual nivel, si no mayor, a Nicolás Gorívar. Le siguen en importancia Samaniego y Legarda, que fué no sólo escultor sino también pintor, y Rodríguez y Astudillo.

VI

PINTURA MODERNA Y MODERNISIMA

Ya en el siglo XIX, en las primeras décadas de la época de la República, aparecen en el escenario de la pintura quiteña don Joaquín Pinto, los hermanos Antonio y Rafael Salas y Juan Manosalvas.

Y les siguen Antonio Salguero y Wenceslao Cevallos, que perfeccionaron su arte en Europa.

Correspondiendo al Novecientos literario aparecen en el arte pictórico don Luis Martínez, Juan León y Eugenia Mera Iturralde.

Para expresar ideas generales respecto al género de pintura que realizaron los de la generación de Miguel de Santiago y Gorívar habría que recordar que en esa época se hallaba en su esplendor la forma y la influencia pictórica de Zurbarán, Rivera, Murillo y Velásquez en España y sus colonias; y en la escultura española sobresalían Montañez y Alonso Cano. Y así como en la arquitectura el estilo herreriano trascendió a América, en la pintura y la escultura, la crítica anota sus semejanzas paralelas con los grandes pintores de ultramar, mayormente, si fueron españoles los escultores y pintores maestros de la escuela quiteña.

Pinto, Manosalvas, y sobre todo los hermanos Salas, cultivaron el retrato, preferentemente, y en la iconografía de los próceres de la independencia y de los primeros Presidentes de la República, se encuentran muestras excelentes de este género.

Salguero y Cevallos fueron también retratistas, y si del segundo se exhibió composiciones originales, del primero han quedado excelentes copias de los cuadros clásicos, conocidos.

El grupo artístico que preside don Luis Martínez, pudiera llamarse, tal vez, con propiedad, paisajista. El Sr. Martínez tuvo aciertos magistrales.

La pintura moderna aparece por lenta infiltración desde 1920, que corresponde al ensayo del simbolismo en la literatura nacional.

Es la presencia en la Escuela de Bellas Artes de Quito, de un pintor francés, Paul Bar, la que despierta interés por una nueva manera de mirar y pintar los motivos de la emoción artística. Y en este preciso momento del aparecimiento del impresionismo en la pintura quiteña, regresaban de Europa, concluido un curso de perfeccionamiento, Camilo Egas, José Moscoso y Nicolás Delgado. Y en esta misma generación tiene un sitio destacado Víctor Mideros.

En las exposiciones anuales de la Escuela de Bellas Artes, y particularmente en la disputa por el premio "Aguilera", establecido por una donación particular, se pudo asistir, en aquella época, a la revolución que se operaba en el arte, que había seguido sin discusión la escuela clásica o ensayaba el romanticismo en el paisaje andino y sus zagalas indígenas o se recreaba en la pintura folklórica de los rincones coloniales de la ciudad de Quito, tan rica e inagotable en sus modelos.

Pero las exposiciones en las que aparecía en forma exuberante la pincelada de color verde llenando los cuadros, o la deformación del tipo indio como expresión de su idiosincrasia, encendió la discusión en los centros literarios y pictóricos que se ha prolongado quizás con exceso, pues el impresionismo llegó al Ecuador cuando ya sus propugnadores europeos estaban de regreso, sino al clasicismo, a algo que se le parece, con más lo ganado en la batalla impresionista.

Como los más altos exponentes de la pintura moderna en el Ecuador, están reconocidos por la crítica, Camilo Egas, Luis Mideros, Pedro León, Sergio Guarderas y algunos más.

Y la novísima generación es una falange revolucionaria que ha dado un sentido social a la pintura, de la que antes

no se había hecho tema y emoción, sin embargo de haberse ensayado.

La más actual recapitulación de los valores artísticos novísimos ecuatorianos, la ha hecho el artista portugués Raúl María Peraira, residente hoy en Lima, pero que actuó por algunos años en el ambiente artístico de Quito.

Peraira hace en una crónica publicada en Lima y reproducida en Quito, el elogio del temperamento excepcional del ecuatoriano para la pintura, como que es la herencia de una magnífica tradición clásica, mantenida secularmente.

Observa que los pintores del Ecuador tienen hoy la tendencia excesiva al tema social, influenciados, dice, por la pintura mexicana. Están olvidando, añade, el criterio pictórico universal, y esto es peligroso para un país de un patrimonio artístico muy original.

Y recuerda a Camilo Egas como el vanguardista del arte moderno ecuatoriano, y luego enumera como los mejores pintores de la novísima generación, a Eduardo Kingman, Oswaldo Guayasamín, Diógenes Paredes, Bolívar Mena, Luis Moscoso, Sergio Guarderas, Leonardo Tejada, Pedro León, Alberto Coloma Silva, Galo Galecio y Antonio Bellolio.

Y después de expresar conceptos sumarios sobre cada uno de los artistas enumerados, concluye así:

"No hay que descuidar, dice, la eternidad de la pintura, sus problemas, por ir a lo más fácil. Tienen que valorar un poco más el interés plástico, el de la pintura misma. El Ecuador cuenta con un apreciable número de pintores de talento; de talento sin lugar a dudas. De fuerza y de inspiración. De vuelo algunos, que no deben ser prematuros. De un sentido amplio y magnífico, otros, que debe ser pensado mucho. Deben, en una palabra, concederle más espacio, más tiempo y más atención a la pintura misma, como base para futuras y mejores raelizaciones; para dar con lo que será la pintura ecuatoriana más tarde. Porque hay que entenderlo bien: ni una cabeza indígena, ni un cerro de eucaliptos, ni una procesión, ni la dramatización violenta de un episodio, forman escuela".

Cómo negar la evidencia de las observaciones del Sr. Peraira, si su cumplimiento por nuestros artistas redundará en su propio crédito artístico?

Realidades de una Cultura

I.—Aspectos de la Emancipación.—II.—"Primicias de la Cultura de Quito".—III.—Eugenio Espejo revolucionario.—IV.—El legado cívico insurgente.—V.—Por "La Escuela de la Concordia".

I

ASPECTOS DE LA EMANCIPACION

Contemplando en conjunto las vicisitudes históricas, el desarrollo cultural de la nación quiteña, se advierte con asombro, su vitalidad, la riqueza de los elementos cósmicos, la calidad superior humana de sus pobladores, la elevación espiritual de sus instituciones, y la acción patriótica constante en la defensa del suelo patrio, conjunto de calidades que acreditan el estado de una cultura superior.

Ocupando este país un sitio dominante en la zona equinoccial del mundo, la elevación grandiosa de las cordilleras, creó un ambiente propicio para la expansión humana, en las tres regiones en que se divide la nación, exentas éstas del clima abrasador de la jungla africana antípoda, y por lo mismo, condicionada para el desarrollo agrícola e industrial, exportable por sus puertos del Mar Pacífico.

Esta situación geográfica ocasionó en la época prehistórica que las corrientes inmigratorias en el sur de América, convergieran en las tierras de Quito, antes de arraigar en

otras latitudes, dejando las huellas arqueológicas, lingüísticas y toponímicas de su cultura.

Las grandes inmigraciones de los Caras, los Incas y los españoles, conquistadoras del suelo quiteño, se documentan históricamente las últimas, y la leyenda congruente con las reliquias folklóricas primitivas atestiguan la presencia de los Schyris, los grandes señores del reino aborigen, de cuya dinastía trata la "Historia del Reino de Quito" del Padre Juan de Velasco.

La importancia de este Reino aparece en toda su magnificencia, ante el conquistador español en el campamento de Cajamarca, en la persona y en el séquito de Atahualpa, conquistador del Incario, como lo atestiguan los cronistas de la Colonia. Y en demanda de su riqueza, acuden Benalcázar, Alvarado y Almagro, en una cita con el destino histórico, a resolver, por el derecho de conquista, o por acuerdo cordial, a quién ha de pertenecer el dominio territorial del Reino de Quito y sus evidentes riquezas.

Y es Benalcázar, quién, en nombre de Francisco Pizarro, toma posesión del Reino, que luego se designó en el sistema administrativo español, Gobernación; para constituirse después, en Audiencia y Presidencia, e integrar el Virreinato del Perú, primero, y al fin del período colonial, el Virreinato de Nueva Granada, siempre con su propia circunscripción territorial delimitada por una Cédula Real. Lo que significa que la nación quiteña, mantuvo en forma inalterable su personalidad histórica.

Y en el desarrollo de su vida, a lo largo de los siglos del régimen colonial español, Quito integra su territorio con el esfuerzo de sus conquistadores y misioneros, hasta señalar sus fronteras en el Amazonas, límite que Portugal reconoció oficialmente al demarcarlo a su vez con España.

Y culturalmente, no se puede desconocer sin injusticia, que sin embargo de la época y de los medios disponibles, España hizo el don de crear, casi en los mismos días de la fundación de la ciudad de Quito, las Escuelas de enseñanza primaria, las de Artes y Oficios y las Universidades, con el resultado profícuo, acreditado por tantos nombres ilustres de nativos y criollos, que en sus páginas enaltece la historia.

Desde luego, el acontecer de la vida colonial monótono y rutinario, no podía perpetuarse, sin embargo de sus as-

pectos favorables, y el sentimiento de la independencia pugna en los espíritus superiores, por el derrocamiento del gobierno colonial.

Así y todo, la guerra de la independencia tiene las características de una guerra civil española criolla, y entre los próceres de la emancipación se realiza el paso natural de las filas del ejército del Rey al campamento republicano, porque esa guerra era, realmente, sólo de emancipación del gobierno español, y no de lo español y su cultura, que los combatientes llevaban en su sangre y en su espíritu. Y el hispanoamericanismo ha respondido a esta realidad sentida y vivida.

Naturalmente, a la emancipación no se llega sino por motivos concretos de mayor edad para la autodeterminación, y por capacidad para superar la situación política y económica.

Y en más de un siglo de debate histórico acerca de los motivos de la emancipación de España, se ha llegado a la conclusión, de que ésta fué oportuna y conveniente, pues las veinte repúblicas iberoamericanas acreditan ante el mundo, que España fué una potencia eficientemente colonizadora, ya que las naciones americanas han superado, en su mayor parte, la etapa inevitable revolucionaria de ensayos democráticos, y todas aspiran, si no a la Unión o Confederación de Estados, a la creación de un organismo jurídico, que garantice la solidaridad interamericana, sin la tutela de ninguna gran potencia, y todo esto en un tiempo relativamente precario.

Y examinado el proceso político previo a la emancipación de España, a la luz serena de este criterio histórico, se acrecenta la obra de los precursores y próceres de la independencia, porque permite enjuiciarla, como un gran episodio de la cultura de una época, que exigió sacrificios y heroísmos, para llegar al reconocimiento de derechos y deberes irrenunciables, ante el imperativo del recobro de la personalidad política, y del respeto de la soberanía. Pues nuestros precursores y nuestros próceres, observémoslo bien, lucharon por la independencia, pero la libertad política aún no la consolidamos plenamente, porque tiene que ser también la obra de nuestra propia conquista espiritual.

II

"PRIMICIAS DE LA CULTURA DE QUITO"

Y entre los precursores de la emancipación americana se destaca con valor inconfundible la figura indígena prócera del Dr. Eugenio Espejo, múltiple en sus talentos y actividades, y sobre todo, dotado de una profunda sensibilidad patriótica, que le condujo al sacrificio de su vida, puesta al servicio de una noble causa.

Hombre de erudición vastísima en diversas ciencias, tuvo intuiciones geniales en la investigación médica, atisbos sustanciales en el campo de la crítica filosófica e histórica, y mantuvo la recriminación y la protesta frente a la corrupción política de la época; y ante la inercia de los servicios sociales hizo el enjuiciamiento acre, irreverente, y a veces despiadado de la responsabilidad de los dirigentes de la educación jesuítica, de los sistemas pedagógicos y del abandono de la ciudad en la defensa higiénica.

Desde la publicación de sus obras que estuvieron inéditas hasta el año de 1912, en el que el Municipio de Quito auspició la primera edición, que puso en las manos maestras del Dr. González Suárez, la crítica científica, el elogio entusiasta, la admiración ciudadana, ha ido creciendo, y cristalizando en múltiples ensayos, que llegaron a culminar en los días del segundo centenario de su nacimiento.

Rindo, pues, pleitesía a la obra erudita del sabio, a la dialéctica escolástica del polemista, a la intuición genial del médico, al desenfado del crítico, al autor de El Nuevo Lucía-

no, de La Ciencia Blancardina, del Marco Porcio Catón y de las Reflexiones Sanitarias, que escritores expertos han examinado y siguen estudiando con encomiable diligencia en sus aspectos fundamentales.

El reconocimiento de la personalidad multifácica de Espejo, que sus biógrafos han descrito con sincero entusiasmo, y a la que los poetas le han prodigado su elogio, es la satisfacción del sentimiento humano en resarcimiento de la crueldad con que fué tratado en su vida, y condenado a morir en una prisión inmundada, privándole del pan del espíritu, los libros, y de la libertad de escribir y legar a la posteridad, acrecentada, la rica herencia de sus ideas, aquilatadas en la soledad y el infortunio.

Y de este legado prefiero para su elogio el oro puro de su patriotismo, la palabra vibrante del periodista y del político, la obra cívica inmortal del precursor de la independencia, y su mensaje profético en bien de la nación quiteña, hoy ecuatoriana, que revela la intensidad de su genio; pues son válidos sus pensamientos, sus advertencias y sus admoniciones, un siglo después del devenir político, cumplidos ya sus anhelos emancipadores, y realizada la República, que necesita aún ser iluminada y dirigida por su espíritu.

Pues la gloria del Precursor Espejo radica fundamentalmente en el patriota; su obra trascendental es la del periodista; su contribución a la creación de la patria fué su actividad de conspirador, de agitador oculto, misterioso, de buho que presagiaba con su nota estridente en las tinieblas del ambiente quiteño, la presencia de los ojos abiertos a la verdad que difundía en el periódico mural, y en la conspiración permanente contra la injusticia, los prejuicios de las castas sociales, y los errores y las responsabilidades de los dirigentes políticos. Lo que trascendió y perdura en la vida nacional, es, pues, la actuación política del patriota y la rebeldía del periodista. La obra del erudito se mantuvo casi anónima, pues sólo se conoció en su tiempo "El Nuevo Luciano" en copia manuscrita, así como "El Golilla", la diatriba política. El espíritu y la acción de Espejo fecundó la revolución emancipadora. Esta es su obra inmortal.

El periódico "Las Primicias de la Cultura de Quito" contiene la proclama discreta de la acción política. Su directiva en la creación de la "Sociedad Patriótica de los Amigos

del País" representa el planteamiento del programa revolucionario, en la forma de investigación de los males que aquejaban al país, y de la manera de remediarlos. Porque si se llegaba a reconocer la causa del mal, quedaba implícitamente insinuada la urgencia del remedio. Y en el "Discurso dirigido a la Muy Ilustre y Muy Leal Ciudad de Quito, representada por su Ilustrísimo Cabildo, Justicia y Regimiento y a todos los señores socios provistos a la erección de una Sociedad Patriótica", sobre la necesidad de establecerla luego con el título de la "Escuela de la Concordia", se expone con toda claridad, el programa concreto de la Revolución que haría posible salvar el país de su miseria general, causada por la obra retardataria de las Instituciones obligadas a realizar el bienestar nacional.

"Para decir verdad, señores, nosotros estamos destituidos de educación, —afirma Espejo en su Discurso admirable—, y nos faltan los medios de prosperarla: No nos mueven los estímulos del honor, y el buen gusto anda muy lejos de nosotros; ¡molestas y humillantes verdades, por cierto! Pero dignas de que un filósofo las descubra y las haga escuchar, porque su oficio es decir con sencillez y generosidad los males que llevan a los umbrales de la muerte a la República". . . . "Los días de la Razón, de la Monarquía y del Evangelio, han venido a rayar en este horizonte, desde que un atrevido genovés extendió su curiosidad, su ambición y deseos al conocimiento de las tierras vírgenes y cerradas a la profanación de otras naciones; pero toda su luz fué y es aún crepuscular, bastante pura para ver, venerar y obedecer al soberano Augusto, a quien se dobla la rodilla en el trono; pero defectuosa y tímida y muy débil para llegar a ver y gozar del suave sudor de la agricultura, del vivífico esfuerzo de la industria, de la amable fatiga del comercio, de la interesante labor de las minas y de los frutos deliciosos de tantos inexhaustos tesoros que nos cercan y que en cierto modo nos oprimen con su abundancia y con los que la tierra misma nos exhorta a la posesión con un clamor perenne, elevado, gritándonos de esta manera: Quiteños, sed felices: Quiteños lograd vuestra suerte a vuestro turno; quiteños, sed los dispensadores del buen gusto, de las Artes y de las Ciencias".

Estas palabras de Espejo expresan verdades que un siglo y más después de estar escritas, no han perdido

su actualidad. Hemos adelantado, posiblemente, en instrucción en las ciencias y las artes, pero la educación en general y el sentimiento cívico en particular, no podemos ufarnos de haberlos superado. Si esto se hubiese conseguido, no estaría nuestra historia sonrojada por episodios que no han sido estimulados por el acicate del honor nacional.

En cuanto al desarrollo de la agricultura, la industria y el comercio, no puede afirmarse que se mantenga aún al nivel del que existió en la época colonial, pero no se ha llegado todavía a realizar la redistribución de la tierra detentada por el latifundismo, ni se ha explotado la riqueza del suelo y subsuelo en la medida necesaria para la exportación. Realmente no han sido oídos los reclamos de la tierra misma, que desde el Occidente y el Oriente de los Andes nos están invitando a ser poseídas por la inmigración interior y exterior, para que no continúe desértica, para que alimente la población, que es el capital por excelencia, sin el cual es imposible todo progreso.

Y es preciso advertir, que, cuando Espejo nombra a los "quiteños", aun cuando el discurso está dirigido al Cabildo de Quito, sus votos patrióticos los consagra a la nación quiteña denominada después, ecuatoriana. Y esto lo están demostrando estas frases: "Ha llegado el momento en que estáis tocando con la mano la rebaja de vuestras mieses, la esterilidad de vuestras tierras y la consunción de la moneda. Aún no os atrevéis a adivinar por cual género comenzaréis a hacer los canjes; y si el maíz o la papa será la que jueguen, en cierto modo, y reemplace con más genialidad la representación del dinero que echáis de menos. En los años del 36, 37 y 40 de este siglo (XVIII), os hallábais opulentos. Vuestras fábricas de Riobamba, Latacunga y las interiores de Quito, os acarrearon desde Lima el oro y la plata. Desde el tiempo de la conquista, los fondos que sirvieron a su establecimiento, sin duda fueron muy pingües; pues las casas de campo de Chillo, Pomasqui, Cotocollao, Añaquito, Puembo, Pifo y Tumbaco y todos los alrededores; los edificios de la Capital, sus templos públicos, sus pórticos, sus plazas, sus calles, son fuentes están respirando magnificencias, y demostrando, que la riqueza de aquellos tiempos, había traído impuesto en ejercicio el gusto de la arquitectura y la inteligencia del artífice perito; las ricas preseas que hasta hoy se conservan en las arcas de algunas casas ilus-

tres, muestran la pasada opulencia; finalmente, la extracción de dinero por la vía de Guayaquil, Lima y Cartagena tan continuada y verificada sin ingreso seguro ni conocido, hace ver que Quito era un manantial oculto y casi inagotable de preciosos metales. Pero el conducto va a cegarse; el quilo o sangre que alimenta los pueblos, ya se estanca. ¡Falta la Plata! ¡Qué enorme diferencia de tiempos a tiempos. . . . Contemplaos ya, señores, en este caso en que la necesidad os debe volver inevitablemente industriosos. Por un momento juzgad que sois quiteños, a quienes en el más violento apuro, siempre se le ofrecen recursos y alivios poderosos. No desmayéis; la primera fuente de vuestra salud, sea la concordia, la paz doméstica, la reunión de personas y de dictámenes”.

Estas son las grandes voces que Espejo dirigía a la nación quiteña, en una de sus grandes crisis, que no han perdido en el tiempo su evidencia y su actualidad. En la época adversa que sufría la nación quiteña, se insinúa a sus habitantes no desmayar, y antes bien, superarse, por la voluntad de vivir, de organizarse sobre la base de la concordia, y triunfar por la clara comprensión de los problemas.

El proceso histórico de la nación quiteña nos demuestra, que la época próspera se extendió hasta fines del siglo XVII, época en que la explotación del oro tuvo su mayor auge, por una parte, y por otra, la industria de tejidos en los obrajes de la sierra tenían un gran mercado en el Perú y otras naciones, creando una era de prosperidad a la que corresponde la construcción arquitectónica monumental de Quito, y el auge de la producción artística. Es constante que a esta época próspera, siguió en el siglo XVIII, una aguda crisis económica, producida por el abandono de la explotación aurífera, por la casi extinción del mercado de paños y tejidos de varias clases en los obrajes quiteños, por haberse establecido la competencia de estos géneros. Y además, el siglo XVIII, fué para la nación quiteña, el siglo de los terremotos en serie que destruyeron varias ciudades, el apareamiento de la peste, que diezmo la población; y las épocas de grandes sequías que arruinaron la agricultura y sumió al país en la miseria. Y paralelamente a todo esto, se soportaba una administración pública inepta; el relajamiento de las costumbres en la familia y los conventos, caracte-

rística de las grandes crisis que impulsan al desenfreno y al derroche.

Fué éste el ambiente en el que vivió, escribió y se sacrificó Espejo, diciendo la verdad desnuda y conspirando en la obscuridad, para socavar las bases del régimen político colonial constrictor, que debía sustituirse por un gobierno republicano y democrático.

Y para salvar a la nación de la catástrofe impulsó la creación de la “Sociedad de los Amigos del País” bajo el patrocinio de los poderes públicos y de los hombres representativos de la época, con el propósito de que este organismo oficial sirva para la constitución definitiva de una “Escuela de la Concordia”, que sea el centro de acción y convergencia de todas las fuerzas populares del país, para la reconstrucción económica y política.

Con este propósito, estimulando la conciencia cívica, Espejo hace en el Discurso a la nación quiteña, el recuento de sus glorias científicas, literarias y artísticas: recuerda al “insigne don Pedro Maldonado”, que por su mérito singular, dice, le consiguió el aplauso y admiración de las naciones extranjeras, y recuerda también el prestigio literario de los Dávalos, Chiriboga, Argandoña, Villarroel, Zurita y Anagoitias.

También recuerda a Miguel de Santiago, “el pintor celeberrimo”. Al Padre Carlos, quién “con el cincel y el martillo, llevado de su espíritu y de su noble emulación, quería superar en los troncos, las vivas expresiones de Miguel de Santiago”. Y añade: “pero hoy mismo véis cuanto afina, pule y se acerca a la perfecta imitación, el famoso Caspicara, sobre el mármol y la madera, como Cortés en la tabla y en el lienzo”.

Y se eleva Eugenio Espejo en su Discurso grandioso, en un arrebatado patriótico, en el que ve “al agricultor que toma el arado y abre más profundos surcos, beneficia mejor el terreno, siembra más dilatadas campiñas, aumenta sus desvelos y coje un millón de mieses y de frutos; que el artista toma con ardor los instrumentos de su labor para realizar sus obras perfectas; que el joven destinado a las letras domina la filosofía y los estudios de la naturaleza, y que todo el país quiteño emprende en la apertura de los caminos” y en especial hacia el norte, el de Malbucho, para facilitar desde muy poca distancia navegar en el mar del Sur, y, si se quiere, internar al puerto de Cartagena en muy pocos

días. ¡Oh qué espectáculo tan brillante y feliz! Lo de menos es lograr el vino y el aceite en abundancia, tener el pescado fresco, vario y delicado; todos los frutos de Europa con comodidad; lo más es señores, (ya lo estoy viendo) resucitar Ibarra, poblar Cotacachi, fomentar colonias en Lita y Malbucho, aprestar embarcaciones en Limones y Tumaco, llevar en fin un contingente de innumerables brazos para el Estado, de corazones para la humanidad, de cabezas para las ciencias útiles, de almas para Dios" y concluye así: "feliz yo si con mi celo ardiente soy capaz de sacrificar mis débiles fuerzas! ¡Si el órgano de mis labios es el precursor de sus obras! Si mi patria recibe mis ansias, si acepta mis ruegos, si premia el aliento de mi palabra con las superaciones de mis manos industriales. . . . En fin, el cielo quiteño me dará aquella elocuencia victoriosa con la que no sólo os persuadiría sino que os obligaría poderosamente a decir: "ya somos consocios, somos quiteños, entramos ya en la "Escuela de la Concordia", de nosotros renace la patria; nosotros somos los árbitros de la felicidad".

He aquí un programa de reconstrucción nacional, valdero también para esta gran crisis del siglo XX que está sufriendo la nación quiteña, si no por todas las causas que señala Espejo, peculiares a su época, por las fundamentales de la inexistencia de un plan económico sin alteración de continuidad a través de los regímenes políticos siempre imprevistos y desorientados; por la carencia de un sistema de vialidad en el desarrollo constante y fundado en la preferencia de los caminos vitales, en un orden constructivo riguroso y congruente con la capacidad económica del Fisco y de los apremios para la habilitación de nuevas regiones agrícolas en el Occidente, indicadas por la naturaleza para reemplazar la producción ya exigua de la serranía por los efectos desastrosos de la erosión y la esterilidad de las tierras de sécano, que se extienden ilimitadamente.

El camino de Malbucho trazado por don Vicente Maldonado, y que reclamaba Espejo con grandes presagios de progreso nacional, sigue siendo hasta hoy un gran anhelo.

Y sobre todas las cosas, el fundamento de la concordia nacional, para dar término a la anarquía a que nos ha conducido el desborde de la pasión política, y la ambición vulgar, es hoy, como en la época de Espejo, la urgencia perentoria.

III

EUGENIO ESPEJO REVOLUCIONARIO

El plan cívico de Espejo expuesto veladamente en las "Primicias de la Cultura de Quito", y sobre todo en su "Discurso" admirable, no podía quedar encubierto, pues se traslucía también en sus páginas literarias y científicas demolidoras de falsos prestigios médicos, y en el reproche del alambicamiento de la literatura en general y en su ironía para poner en descubierto el escándalo de las órdenes religiosas, y éstas y otras graves denuncias se intercalaban en el diálogo socrático de sus disertaciones científicas, que son más bien un monólogo de Espejo, aún en los casos en que es el refutador implacable de sus propias producciones intelectuales, por el placer de la réplica, y para despertar el interés constante de su obra revolucionaria.

Las primeras prisiones que sufrió significaron la reacción de las clases sociales atacadas en sus publicaciones; la envidia de sus conprofesionales, y el rencor de las autoridades reales, escarnecidas en "El Golilla", temerosas aquellas de las acusaciones concretas del periodista rebelde, pese a sus protestas y reverencias de acatamiento al Rey y sus augustos representantes.

Y para justificar el encarcelamiento final, del que sólo salió para morir en su casa, "se le acusaba de criminal contra la religión, contra el Rey y contra la tranquilidad pública y el servicio de su Majestad: "se quería hacer aparecer a Espejo como un impío, dice el historiador González Suárez

rez, como un descreído, imbuído de todos los errores irreligiosos de los revolucionarios franceses, a fin de hacerle odioso al pueblo".

Pero la verdad es que nuestro ilustre compatriota Espejo, era un revolucionario, y en su destierro, tuvo la oportunidad de relacionarse en Bogotá con los grandes adalides de la democracia Nariño y Zea, y acordaron el plan de la emancipación americana.

En la denuncia concreta que le llegó al Presidente de la Audiencia de Quito, y que la comunicó a España, se afirma que el plan del conspirador Eugenio Espejo era extender la rebelión a todas las colonias hispanoamericanas; que el primer grito de la Independencia se diera a un mismo tiempo en todas las capitales de los virreinos y de las audiencias; y que todas las colonias se unirían estrechamente para defenderse de España, que agotaría su acción militar para defenderse.

Pero el plan de Espejo que coincidía en estos fundamentos con los de los otros grandes conspiradores, contenía, además, sugerencias precisas, para que la Revolución dé a su país los resultados beneficiosos que se esperaba. Quería que el nuevo régimen entrase con pié firme en sus responsabilidades; que se organizara un buen gobierno nacional de esencia realmente democrática.

"No habían de tomar parte en el gobierno sino los americanos: en cada colonia, convertida en República, gobernarían solamente los nacidos en ella.

"En cuanto a los extranjeros, Espejo quería que no se los expulsara del país, y que se dejara regresar a España a todos los que voluntariamente solicitaran volver a ella.

"Sus ideas en el punto del estado eclesiástico eran aún más sorprendentes. Opinaba que todo Prelado así secular como regular debería ser siempre un nacido en el país, y nunca un extranjero: deploraba la relajación de las comunidades religiosas, y la atribuía en gran parte al acumulación de las riquezas cuantiosas, que en haciendas y en censos poseían los conventos y los monasterios, y así aconsejaba pedir al Papa que, dejando a las comunidades lo necesario se destinara el exceso a otras obras nuevas. En esto Espejo manifestaba cuán convencido había llegado a estar de la necesidad de una reforma en el estado religioso; pero no se equivocaba ni andaba errado en la manera de

realizarla". Estos puntos capitales de la Revolución de Espejo sólo se han podido conocer concretamente, al ser exhumados por el Sr. González Suárez de los archivos españoles, y que luego los hizo públicos.

De sus relaciones con los demás próceres sólo se han comprobado las referidas con Nariño y Zea en el exterior, y en forma personal con don Juan Pío Montúfar, y con Salinas y Morales del martiriológico patriótico quiteño.

Fué constante preocupación de Espejo no sólo lo que era esencial a la emancipación de América, sino que, conseguida ésta, no fracasara la República en sus reformas democráticas, y fiaba en la juventud la realización de su esperanza.

"Un día resucitará la patria, dice Espejo en las "Primitias de la Cultura de Quito", pero los que fomentarán su aliento y los que tratarán de mantenerla con vida, sin duda que no serán los que habiendo pasado las tres partes de sus años en pequeñeces, no están para aplicar sus facultades a estudios desconocidos y prolijos: serán los muchachos que hoy frecuentan las escuelas con empeño y estudiosidad. En ellos renacerán las costumbres, las letras, y ese fuego de amor patriótico; que constituye la esencia moral del cuerpo político".

IV

EL LEGADO CIVICO INSURGENTE

Los factores reales que influyen en la constitución política nacional, y que fundamentan sus destinos históricos, son la tierra y el hombre, creadores de la cultura, resultante de las valías que plasman como en una gran síntesis el espíritu de una nación. Son las múltiples condiciones del ambiente; es el espíritu de los conductores políticos, los que moldean la idiosincrasia nacional. Y por esto, cada nación tiene su fisonomía y su mentalidad inconfundibles, y viven o desaparecen si su conciencia cívica alcanza o no la sensibilidad necesaria para su defensa y superación, en las crisis profundas que las afectan, por causas complejas, al parecer inevitables.

De las crisis históricas que han afectado a la nación quiteña en su existencia, pueden señalarse en forma sintética las más culminantes, en la época anterior a la conquista española, en el proceso de la emancipación del poder colonial y en el período republicano.

Las guerras de conquista de los Caras, de los Incas y de los españoles que ha sufrido la nación quiteña, no destruyeron la cultura autóctona, vinculada al territorio y al espíritu nacional, cultura representada por sus conductores políticos.

De la época pre-histórica ha quedado, confundida con la leyenda, que es el espíritu del pueblo, la figura de Carán, el último Schyri, quien realizó una alianza con Duch-

cela, señor de Puruha, para perpetuar en la estirpe, el dominio territorial ensanchado por este hecho político.

Recobrado el poder del Reino de Quito por sucesión dinástica en la persona de Atahualpa, y vencedor en un nuevo intento de dominación incaica, Atahualpa consolida con su triunfo la existencia de la nación quiteña, y el gobierno del incario es suyo por el derecho de conquista, pero que a su vez lo detenta el soldado español.

En el trance histórico de la emancipación de América, Quito dá el primer grito de independencia, en acción solidaria con las demás naciones, como lo preveyó el precursor Espejo; sus héroes y conductores políticos sacrificaron su vida, y sus soldados rubricaron con sangre las victorias de Pichincha, Junín y Ayacucho.

El Estado de Quito independiente dicta su Constitución en 1812, con la demarcación territorial del Reino y Audiencia de Quito, que es ratificada en la de 1830, al organizarse la República autónoma, desligada de la Unión Grancolombiana. La nación quiteña se incorpora al concierto de las naciones libres de América, con el ámbito territorial ensanchado durante el período colonial, por el esfuerzo conquistador y misionero de la Audiencia, hasta la frontera amazónica.

Así, Espejo, Salinas, Morales y toda la falange heroica de los precursores, los mártires y los libertadores, realizaron su misión cívica, y entregaron a la República el legado de gloria, de civismo y de responsabilidades.

¿Y este legado de civismo ha sido cumplido, y la nación quiteña ha tenido nuevos conductores políticos en la era republicana?

El infortunio que decapitó en la prisión a los dirigentes de la revolución del 10 de Agosto en un solo día, frustró también la esperanza de que la República de Quito fuese constituida y presidida por los Mariscales de la Independencia, por La Mar o por Sucre, que estuvieron en el camino de realizarla, pero el destino opuso a este anhelo, la incompreensión de la época y la bala asesina, y la nación quiteña sin alcanzar siquiera a perpetuar su patronímico glorioso "Quito", se le impuso en la Constitución del año 30, una nominación geográfica, sin sentido histórico nacional, "Ecuador", designación de la línea equinoccial, borrando

así, de una plumada absurda, el blasón heráldico de un pasado ilustre, centenario.

Y asumió la Presidencia de la República del Ecuador el General Juan José Flores, quien dominó al país con el ejército aguerrido en las batallas de la independencia, transformado en guardia pretoriana, germen del militarismo detentador del poder, guardia que la revolución nacionalista del Seis de Marzo de 1845 expulsó del país. Así, bajo estos auspicios se realizó la iniciación de la República, pudiendo repetirse por esto la célebre inscripción mural, digna del doctor Espejo, que apareció al otro día del de la emancipación, y que decía: "Ultimo día del despotismo y primero de lo mismo".

Y la "Sociedad de los Amigos del País", tiene una nueva vida en "El Quiteño Libre", nombre del grupo político y del periódico, y es la figura próspera de don Pedro Moncayo, la que ocupa el lugar de Eugenio Espejo, en la defensa de las libertades públicas.

El urbinismo, sucedáneo del floreanismo, aspectos primarios del militarismo nacional, que condujeron al país a la anarquía y a su disgregación, oportunidad que aprovechó el Perú para desembarcar su Escuadra conquistadora en Guayaquil, fueron al fin aniquilados por el Dr. García Moreno, quien asumió el poder en forma de dictadura presidencial, que si benefició al país en algunos importantes aspectos, la anulación de las libertades suscitó el apareamiento de otro gran adalid, Juan Montalvo, que llenó con sus grandes ideas libertarias toda una época, dejando el reguero de sus anatemas, en "El Cosmopolita", "El Regenerador" y "Las Catilinas", los máximos libelos de defensa de la democracia en la literatura política nacional. La intervención periodística de Montalvo abarca los Gobiernos de García Moreno hasta el de Veintimilla, y augura la era liberal de Alfaro.

Frente a la Revolución Liberal de 1895, oponiéndose a sus reformas o condenando sus excesos de poder, no se presenta un escritor civil, sino el Dr. González Suárez, Prelado católico, incomprendido por los liberales y los conservadores en su actitud política, porque su espíritu vibraba en otro diapason del que había resonado en otras intervenciones eclesásticas en la vida nacional. El Dr. González Suárez fué un gran patriota en primer término, y luego la más ilus-

tre figura de la iglesia ecuatoriana, y escritor, orador, e historiador ilustre. Sus palabras que definen su espíritu intuitivo y patriota que aún resuenan en nuestro ambiente, se sintetizaron así, en un momento crítico de la vida nacional: "Si el Ecuador ha de desaparecer, que desaparezca; pero no enredado en los hilos de la diplomacia, sino al aire libre, con el arma al brazo". Esta que fué advertencia oportuna, es hoy el latigazo en la cara de la diplomacia profesional derrotista, y del gobierno traidor que no supo ni quiso recordar y practicar el sabio consejo de González Suárez, ni mantener la defensa del patrimonio territorial con dignidad y valor.

¿Qué es lo que ha hecho la República para responder al legado de gloria de los héroes de la emancipación?

Las grandes etapas críticas de nuestra historia: la floreana, la garciana y la alfarista, es preciso declarar que, si desde el punto de vista de las garantías ciudadanas y la eficiencia gubernativa puede hacerse reparos justos, en lo que toca a la defensa del patrimonio territorial, éste no sufrió menoscabo, y se mantuvo con firmeza la defensa de los derechos jurídicos disputados, y aún se opuso la fuerza a la amenaza de la agresión conquistadora.

Ha sido preciso llegar a la época contemporánea, a 1925, señalada en la historia por lo que se llamó Revolución Juliana, carente de un hombre representativo que la dirija, por lo que se disolvió en una sucesión de dictaduras minúsculas, rapaces e irresponsables, prolongándose por más de veinte años la anarquía que aprovechó el Perú con su quinta columna permanentemente disociadora, y luego, en el momento que creyó oportuno, con la agresión en la frontera de Zarumilla, obtuvo con una falsa suspensión de hostilidades, la más monstruosa mutilación territorial, que pueblo alguno ha sufrido, inerme, impunemente. Esta época se caracteriza por la incalificable irresponsabilidad y por el irrespeto absoluto a la ley constitucional, que ha sido derogada y vuelta a rehacer sin ninguna justificación jurídica. En todo el transcurso del siglo de la República hasta 1925, el respeto a la Constitución tuvo el carácter de un dogma religioso en la conciencia nacional, pues el estatuto jurídico fué siempre el vínculo de la armonía social, y cuando se trató de desvirtuar su contenido para perpetuarse en el poder, como en el caso del Gé-

neral Flores, o se intentó un tercer período presidencial con las reformas constitucionales o sin ellas, como aconteció con García Moreno y Alfaro, o se llegó a asumir de hecho la Dictadura como lo perpetró el General Veintimilla, el país en masa se levantó contra la usurpación del poder, y en sangrientas guerras civiles llamadas de la Restauración, se condenó al destierro perpetuo al delincuente, o se llegó hasta el asesinato político, que ha abrumado al país con el descrédito, por estos hechos bárbaros, condenados por la civilización.

La etapa juliana influenciada por el fascismo en su apareamiento, no tiene antecedentes en nuestra historia, pues la sucesión vertiginosa de gobiernos efímeros, de las oligarquías explotadoras, de la demagogia anarquizante, han conducido al país a la desmembración territorial, a la bancarrota económica, con una desorganización administrativa tan desconcertante y derrotista, que, sin embargo de haberse opuesto a esta situación las más tenaces y francas campañas de prensa, en el libro y el periódico, no ha sido posible que destaque un escritor, singularmente, pues falta la perspectiva del tiempo que aquilata los hechos, y se ha necesitado que sea una Institución, la Universidad Central de Quito, la que actúe como la mayor fuerza de opinión frente a la demagogia gobernante y ha sufrido clausuras repetidas y atropellos violentos por su actitud patriótica indeclinable.

El genio de Bolívar vió con perfecta claridad la situación crítica que sobrevendría al Estado de Quito una vez realizada su Independencia, por el hecho geográfico de lindar sus fronteras históricas con el Perú y Colombia, situación que ocasionó en la época colonial la agregación y segregación de la Audiencia de Quito a los Virreinos del Perú y Nueva Granada. Y antes de que se consolidara la independencia de América, intentó el General San Martín, Protector del Perú, incorporar Guayaquil al territorio peruano. Y Bolívar, preocupado de esta situación, dió al General Sucre que organizaba la campaña que culminó en Pichincha, estas clarividentes instrucciones:

"Hará ver como cierto que ni España, y ninguna potencia europea, reconocerán pequeñas repúblicas, por los peligros de que están amenazadas, y mucho menos la de Quito, que colocada en medio de las grandes Repúblicas de Colombia y el Perú, vendría a ser objeto de pretensiones y de

guerras a que no podría ella acudir por sí sola; y que la envolverían frecuentemente en los desastres y contiendas ruinosas y aún de facciones intestinas, por el cuidado que tendrían las repúblicas vecinas de dividir los ánimos y ganar partido en su interior, para obtener sus pretensiones".

El vaticinio se ha cumplido, Colombia y Perú tienen ya en su poder la mayor parte de las provincias ecuatorianas amazónicas, y el augurio de Bolívar queda aún en pie, porque subsiste la anarquía política nacional, y continúa su acción la quinta columna extranjera que sigue azuzando la discordia política, la desorganización constitucional, y también el interés de aprovechar las oportunidades para el cumplimiento de otros planes expansionistas. Y lo aterrante es que, estos sucesos no han afectado la sensibilidad cívica de los gobiernos, obligados a plantear la revisión de esos tratados írritos, ante los organismos de justicia internacional.

V

POR "LA ESCUELA DE LA CONCORDIA"

En el exámen retrospectivo del proceso de la cultura ecuatoriana aparece el hecho sustancial del constante peligro de su existencia como nación, y también su defensa inquebrantable, superada por el propio peligro, como lo comprueban testimonios históricos.

La dominación incaica, por su duración relativamente corta, de cincuenta años, puede considerarse como un episodio insuficiente para alterar las valías del sentimiento patrio, puestas de manifiesto en la guerra defensiva contra la invasión de Tupac-Yupangui, quien tuvo que retroceder desde el Cañar al Cuzco, ante la imposibilidad de dominar la resistencia guerrera del Reino de Quito. Y cuando su hijo Huaynacápac reanudó la empresa, encontró asimismo el poderío de los Cacicazgos del norte, en Imbaya, confederados contra el invasor, al que resistieron aún después de perdidas las batallas principales, por lo que se extremó el castigo a los vencidos, degollándoles en masa a orillas del lago Yaguarcocha; y realizando también una alianza por el matrimonio de Huainacápac con la hermosa Paccha, heredera del Reino de Quito, suceso que impuso una larga tregua, que consolidó la paz. Y Huainacápac, con el hecho de haberse quedado a residir en Quito, en donde encontró igual cultura e idioma que en el Cuzco, demostró que estas dos capitales podían alternar como asiento del gobierno del Incario.

El sistema administrativo centralista incaico implantado en el gobierno de Quito, con la subordinación total de los Cacicazgos, fortaleció el poder del Estado, anulando las resistencias regionalistas, y por esto, cuando Huáscar intentó una nueva conquista de Quito, con el pretexto de la anulación del testamento político de Huainacápac, en favor de su hijo Atahualpa, éste pudo, con el poder centralizado en su mano, no sólo rechazar la nueva invasión, sino derrotar a su contendor en batallas sucesivas, hasta tomar posesión del Cuzco por sus Generales, para asumir el mando del Incario.

Y en la defensa quiteña contra Benalcázar, sin embargo del terror que causó el asesinato de Atahualpa, el empleo de las armas de fuego y la caballería, se evidencia la valentía del ejército quiteño, que sitió estrechamente al conquistador, estimulado por el sentimiento de la defensa patria.

Creada la Gobernación de Quito, estimada como la mejor por Francisco Pizarro, para ofrecérsela a Gonzalo el más querido de sus hermanos, a quien llamó desde Charcas en donde estaba, y le dió posesión, diciéndole: "He sabido cómo desde los confines de Quito hacia el Levante se hallan dilatadísimas tierras no conquistadas, las cuales, de buena gana te cedo si te resuelves a su conquista, como de tu valor espero, y de tu prudencia me persuado. Para formar la empresa te hago desde luego Gobernador de Quito y de toda su jurisdicción vastísima. En esta rica ciudad bien poblada de españoles, como la que más, de indios forzudos y bien trazados, abundante de víveres y socorrida de atrezos militares, hallarás todos los socorros necesarios para la grande conquista". (Chantre y Herrera.—"Marañón Español", pág. 7).

Y la nación quiteña no defraudó esta formidable aventura, y de su capital salió Gonzalo Pizarro en busca del "Dorado" que eso era el dominio del Levante, las tierras de oriente, ricas en oro, y en especies como la canela y la variedad infinita de sus productos extractivos; de tierras fértiles, y con la comunicación de la red portentosa de sus ríos. El descubrimiento del Amazonas por Francisco de Orellana, que acompañó a Pizarro en su empresa, hizo de esta expedición la más famosa de ese siglo. Y luego, desde Quito, continuaron otros conquistadores, y la legión de misioneros, la conquista amazónica que dió a la Audiencia el dominio del más

extenso territorio de América del Sur, compartido con el Brasil. Esta es la heroica batalla de la nación quiteña por la integración de su patrimonio territorial.

En los siglos XVI y XVII Quito y sus Provincias llegaron al más alto grado de prosperidad económica. Es la época del inmenso laboreo de minas y de los lavaderos de oro en los ríos del sur del territorio oriental; y del desarrollo de los tejidos de paños y telas de diversas clases en los obrajes; y de la explotación de las encomiendas en el aspecto agrario. La máquina empleada en la producción de esta riqueza fue el indio sacrificado por millares a la avaricia de sus amos en las rudas tareas de la mita, del obraje y del concertaje.

Cuando a fines del siglo XVII empezó la rápida decadencia de estas explotaciones, por la extinción también rápida de los indios que se aniquiló sin piedad, se emprendió en la compra de esclavos negros destinados especialmente a la minería. Pero si el indio serrano soportó la carga del trabajo agotador sin protesta, no ocurrió lo mismo con el jívaro de las montañas orientales, indómito, amante de su libertad sin restricciones, inteligente y valeroso. Y el día señalado por todas las tribus, exterminaron a sus opresores, incendiaron las ciudades, y la obra de un siglo quedó aniquilada y abandonada. Y desaparecieron Valladolid, Logroño, Sevilla de Oro, Santiago de las Montañas, todas las fundaciones que desde Loja realizó don Juan de Salinas.

La industria sufrió también por ese mismo tiempo un golpe mortal. Los obrajes de tejidos que constituían un rico filón de exportación hacia el Perú y los otros países cercanos, tuvieron que reducir la producción y al fin suspenderla, por la competencia de las telas enviadas desde España, por la ruta del Cabo de Hornos que se habilitó para la navegación comercial. Los dueños de los obrajes que realizaban esa industria con el trabajo de los indios hilanderos, tejedores y teñidores, vivían y morían en los obrajes malsanos. Esta pérdida del mercado de los tejidos nacionales, tuvo una consecuencia fatal para la economía del país.

Y para ayuda de costas, la agricultura sufrió pérdidas cuantiosas por las sequías prolongadas y las plagas que aparecieron, hundiendo en la miseria espantosa a los campesinos, y la vida de la ciudad se empobreció en forma ilimitada por el abuso de los especuladores, que suscitó motines populares, que eran sofocados por la fuerza.

El siglo XVIII se inició con esta herencia sombría, como queda dicho, y también con la sucesión de terremotos que destruyeron varias ciudades, y con la propagación de la peste, especialmente de las viruelas, que cubrió de luto miles de hogares, que se dispersaban por el espanto del contagio y la imposibilidad de encontrar el remedio. En la Historia del Ecuador del Dr. González Suárez se puede leer las páginas patéticas de esa época de desolación y ruinas de la Audiencia y Presidencia de Quito.

Y en esta época apareció misteriosamente "El Nuevo Luciano", un libro que inicia la serie de otros más, y cuyo autor fue identificado con el nombre de Eugenio Espejo. La producción literaria de este autor queda ya perfilada, así como sus actividades de periodista y su obra de patriota auténtico. Sólo se necesita apuntar, que en la lucha de la nación quiteña por su emancipación política, económica y espiritual, Espejo es el hombre representativo de la época pre-republicana, y que sus anhelos, predicciones y planes de engrandecimiento nacional, tiene absoluta vigencia en pleno siglo XX.

Sobre todo sus lecciones de optimismo, dichas en una época tenebrosa, cuando la miseria, la incomprensión y la cárcel le oprimían bárbaramente, son un estímulo poderoso de reacción cívica.

Espejo tiene los reproches más duros para los hombres de su tiempo que los cree responsables, y paralelamente pone toda su fe en la riqueza potencial agrícola, minera e industrial de su patria, y confía en el porvenir, fiando toda su esperanza en la juventud.

Para mantener la confianza de una reacción próspera, sin embargo del abatimiento general, afirma que una nación que desarrolló con grandes ventajas la producción exportable en los siglos anteriores, que en su prosperidad sólo pensó en enriquecer la ciudad con obras arquitectónicas suntuarias, monumentales; y que desarrolló también la ciencia y las artes en la Universidad y en los talleres, tiene que confiar en sus propias fuerzas humanas y cósmicas para superar el momento crítico y afianzar su progreso.

Espejo había llegado a compenetrarse respecto a que sólo en la tierra han encontrado los pueblos su prosperidad estable; que la minería cuando no hay caudales propios para explotarla, su entrega al capital extranjero implica una

servidumbre; que el capital—hombre, el aumento de la población, es lo esencial para el desarrollo de la economía de un país en todas sus posibilidades y aspectos; que la construcción de las vías de comunicación al Occidente en primer término, y luego al Oriente, es el imperativo de la vida nacional, encerrada por siglos en el callejón andino, explotado en todas las épocas, hasta el cansancio de la tierra carente de fertilizantes; que si no se emprende en la redistribución de las tierras y de la población, y si el latifundio conventual no se expropia, dejándoles a estas instituciones lo necesario para su vida, se estimula su relajación y se priva al país de la base de su reconstrucción agraria; y que si la moneda no se valoriza por efecto del aumento de la producción, la nación quiteña volverá al trueque de las papas y el maíz por telas, como en la vida primitiva.

Y para llegar a la solución del complejo económico y político nacional, sólo encuentra una solución, que la concreta así: "No desmayéis; la primera fuente de vuestra salud, sea la concordia, la paz doméstica, la reunión de personas y de dictámenes".

Es decir, deponed todo encono injusto, sed tolerantes con el error cuando es involuntario; desterrad el egoísmo de vuestras almas como el peor enemigo de toda liberación; estableced la concordia en la familia, en la sociedad y en la conciencia ciudadana en general, porque quien siembra vientos cosecha tempestades; si se ha ensayado la anarquía, ¿por qué no ensayar también la concordia?

Espejo cree en el poder de la opinión, y funda el primer periódico de Quito, y hace de él una cátedra de cultura. Se dirige a los maestros de escuela y les amonesta y les da reglas para el cumplimiento cabal de su misión educacional. Escribe un bello ensayo sobre la sensibilidad, que luego lo refuta él mismo, con pseudónimo, según su método dialéctico, y su periódico tuvo vida corta, conforme a su previsión.

Espejo cree en el espíritu inmortal de la nación quiteña, y esta creencia la inculcaba en la conciencia ciudadana, como la garantía que haga imposible que un complejo de inferioridad conduzca al derrotismo a los hombres y a las instituciones, complejo de inferioridad cuya reacción conduce al menosprecio de la nación misma a la que se atri-

buye absurdamente el desastre, cuando es el elemento humano el responsable.

Así como el paranoico, temiendo reconocer su odio intenzo a otros, y su propia ineptitud, cree falsamente que ellos le persiguen y complotan en su contra, y los ataca; así el derrotista político teme reconocer su ineficacia y responsabilidad, y ataca al país, lo denigra, y ve en cada conciudadano un enemigo.

Y funda Espejo la "Sociedad de los Amigos del País" con el fin de agrupar a todos los hombres de su época, y compelerlos a trabajar en bien del servicio público, y como una organización complementaria, aspira a la creación de un centro social desde el que irradie al país la obra cultural intensa de aproximación para el estudio y defensa de los grandes intereses humanos, en una "Escuela de la Concordia".

Esta es la obra inmortal de Espejo, la obra trascendente de su espíritu que sigue vibrando en el ambiente nacional. Si se aceptase la hipótesis de la filosofía oriental se diría que Eugenio Espejo reencarna el espíritu de Atahualpa, defensor y creador de la nación quiteña.

¿Y por qué, al tratar de la biografía de nuestra nacionalidad, se identifica ésta con el examen de la vida y pasión de Eugenio Espejo? Porque este prócer es uno de los símbolos de nuestra patria.

En Espejo concurre a su formación física el barro indígena, así como la fortaleza española y la insurgencia, en este caso, sin petulancia, del negroide. Espejo es un hombre cósmico. Vibra en su espíritu con profunda intensidad el llamamiento ancestral de las razas que han poblado América. Su sensibilidad le permite percibir la voz de la tierra, que llama a sus hijos al amor universal, a la concordia, a la defensa de los grandes intereses patrios, y prevé con visión clara, que los días de la emancipación han llegado, y ejerce con fé el ministerio de esta anunciación, y se sacrifica en silencio, vuelta la cara al sol de la justicia eterna.

La nación ecuatoriana vive hoy la inspiración de sus hombres-símbolos. El republicanismo de Pedro Moncayo, el liberalismo de Montalvo, el patriotismo de González Suárez,

llenen con su obra prolífica el ámbito cultural de la nación. Son sus guías y los profetas de los nuevos tiempos que auguran una República independiente, libre e inestructible.

Como fué Espejo en su tiempo, el coloso propagador de la emancipación política, Moncayo, Montalvo, González Suárez, son los defensores de la dignidad de la República, y del respeto de las instituciones. Y en las obras inmortales de estos conductores del espíritu nacional, ha plasmado la conciencia cívica de su época, sus luchas, sus preocupaciones y sus esperanzas.

En la pavorosa crisis nacional de estos últimos veinte años, siguen siendo nuestros guías estos hombres superiores. Pongamos oído atento a sus palabras; la inmortalidad las ha hecho sagradas.

Quito, Febrero 21 de 1947,
Segundo Centenario del nacimiento
del Precursor Eugenio Espejo.

INDICE

Páginas

LA TIERRA Y EL HOMBRE INDIGENA

I.—El ambiente cósmico andino	3
II.—Atahualpa ante el conquistador español	14
III.—Las batallas de Quito por su libertad	17
IV.—La cultura indígena quiteña	20

LA NACION QUITENA

I.—La Audiencia y Presidencia de Quito	31
II.—El Estado independiente de Quito	37
III.—El Estado independiente de Quito se constituye en República	43

CULTURA LITERARIA Y ARTISTICA

I.—El ambiente literario colonial	53
II.—Nuestros poetas y escritores	60
III.—Los novelistas	65
IV.—Quito monumental	72
V.—La Escuela quiteña de pintura y escultura	77
VI.—La pintura moderna e impresionista	80

REALIDADES DE UNA CULTURA

I.—Aspectos de la emancipación	83
II.—"Primicias de la cultura de Quito"	86
III.—Eugenio Espejo Revolucionario	93
IV.—El legado cívico insurgente	96
V.—Por la "Escuela de la Concordia"	102

Se acabó de imprimir, el
día XIV de Mayo de
MCMXLVII en los Talleres
Tipográficos de la Univer-
sidad Central, siendo Rec-
tor de ella el Sr. Dr. Julio
Enrique Paredes C. y Re-
gente de la Imprenta el
Sr. Dn. Alberto Araujo Z.